

JUSTICIA ROBÓTICA

CLARK CARRADOS

Justicia robótica

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/102

CAPÍTULO PRIMERO

La atmósfera de la estancia estaba cargada de humo y de tensión. En torno a una gran mesa ovalada había dispuestos una docena de sillones, cada uno de los cuales estaba ocupado por una persona, hombres todos ellos, con excepción de una mujer, joven y muy hermosa.

La mujer, en cuyo bello rostro se veía una expresión de madura energía y firmeza de ideas, pese a su juventud —todavía no había cumplido los treinta años—, apenas había desplegado los labios en todo el transcurso de la áspera discusión que allí se estaba desarrollando. Pese a hallarse sentada, se la adivinaba de exquisitas formas, muy alta, hermosamente proporcionadas sus facciones, en las que campeaban unos ojos oscuros, muy grandes, unos labios de vivo color escarlata, que contrastaban con la relativa palidez de su epidermis, tersa y pulcra, sin apenas afeites, y unos cabellos negrísimos, brillantes como ala de cuervo, envolviendo, tirantes, su cráneo hasta quedar recogidos en un apretado moño tras la nuca que, precisamente por el arcaísmo del peinado, hacia más atractivo aún el conjunto. Estaba seria, callada, como sumida en profundas reflexiones que no parecían tener nada de agradables, pero, en realidad, sin perderse ni una sola sílaba de la conversación que allí se estaba desarrollando.

En cuanto a los varones, los hacia de todos los tamaños y todas las cataduras, pero la inmensa mayoría de ellos habían rebasado ya el promedio de edad que es la curva máxima en la vida de un hombre. A

excepción de uno o dos de ellos, el resto había cumplido, cuando menos, cincuenta años, pero ello no era obstáculo para que se portaran de modo pendenciero y alborotador, como monos en la jaula de un parque zoológico.

De pronto, la discusión, acaso por falta de argumentos, acaso por cansancio de los accionistas, se cortó. La mayoría de ellos tomó aliento, empleando para ello grandes dosis del humo de sus cigarros y cigarrillos, azulando aún más la ya azul atmósfera de la estancia, sobriamente decorada con motives fotográficos cuyo tema principal eran determinados paisajes de nuestro satélite, la Luna.

Aquél fue el momento elegido por la joven para intervenir en el diálogo. Se puso en pie.

Todos los ojos se volvieron automáticamente hacia la imagen de Kessa Blanc, admirando calladamente la perfección de su figura, vestida con una blusa de color amarillo fuerte, de hombreras rígidas y salientes, y una falda corta del mismo color, que dejaba al descubierto unas piernas espléndidamente torneadas, cuyos pies estaban sencillamente calzados con unas sandalias de medio tacón. De su esbelto cuello pendía una plateada cadena que concluía en un medallón formado por un solo rubí, de sangrarles reflejos, cuyo valor no podía estimarse dado su tamaño y maravillosa factura. Era una joya única.

Bastó que Kessa se pusiera en pie para que toda la atención se centrara en ella. Y la joven, por su parte, trató de ocultar el desdén que sentía hacia aquellos hombres,

—Todos ustedes —dijo con voz cálida, grave, llena de profundas y ricas entonaciones—, han estado discutiendo durante horas y horas sin llegar a nada práctico, pese al derroche de palabras y frases vanas y huecas que han empleado. Están hablando de remedios para la actual situación de nuestra compañía, están hablando de su enfermedad que es más grave de lo que parece, pero nadie de ustedes es capaz de hallar la solución definitiva. Esto me recuerda una conocida fábula que proviene del tiempo en que los animales, según la tradición, gozaban de la facultad de hablar, y cuyos principales protagonistas eran unas liebres y unos perros. Les hago gracia de contarles el final de la fábula, porque es idéntico al que tendrá la EMMCI, salvo que no averigüemos a tiempo si son galgos o podencos los que están tratando de capturarnos.

Hubo una breve pausa de silencio, rota por la voz de Jean Maroud, uno de los principales consejera de la entidad.

—¿Quiere decir con ello, señorita Blanc, que es usted la persona capaz de hallarnos esa solución? —y expulsó una fuerte bocanada de humo, como reto o desafío.

Ella miró a Maroud con benevolente expresión.

—No lo sé. No lo sé, repito, porque ignoro si mi propuesta va a ser aceptada. Lo único que puedo anticipar es que todos los remedios propuestos fallarán estrepitosamente apenas se pongan en práctica, como fallaron los ya utilizados.

»Es evidente —continuó la joven—, que alguien está interfiriendo nuestras actividades en la Luna. Y, como ya es sabido, no lo hace precisamente por altruismo ni compasión hacia otras compañías mineras que tienen sus pertenencias en la Tierra, sino con el único y exclusivo fin de aterrorizarnos y obligarnos a vender nuestras pertenencias de metales estratégicos.

»Las minas en la Luna son más rentables que en la Tierra precisamente por la facilidad que en el trabajo otorga la diferencia de gravedad entre ambos cuerpos celestes, lo que hace que una excavadora, por ejemplo, cuya cuchara carga aquí cuatro toneladas de peso, allí, con una simple modificación en el tamaño de dicha pala, puesto que el volumen del material no se altera, pueda cargar veinticuatro toneladas. Esto es un ejemplo vulgar y corriente, aplicable por otra parte a los demás sectores de nuestra corporación, ya que los mineros trabajan mejor al tener que manejar un menor peso en sus herramientas y equipos, y, naturalmente, la extracción de minerales se hace a un ritmo infinitamente más rápido que en la Tierra.

Kessa hizo una breve pausa como para tomar aliento y, sin que nadie la interrumpiera, prosiguió diciendo:

—Por esto necesitamos averiguar cuanto antes la causa de estas interferencias, digámoslo así, de manera tan piadosa, para poder concluir con el Proyecto-T, con lo cual el rendimiento de nuestras minas sería infinitamente superior al actual.

»Harto es sabido cuánto encarece el transporte por astronaves de los minerales lunares a la Tierra. Aunque aquí, en nuestro planeta, hay todavía abundantes reservas de los mismos, extraer una tonelada de material cuesta allá, seis veces menos, en trabajo, que en la Tierra. Pero el transporte lo encarece de tal forma, que prácticamente los beneficios obtenidos con el aumento del rendimiento en el trabajo, que son enormes, quedan prácticamente anulados por el importe de

los fletes que es necesario pagar para el transporte de dichos metales hasta aquí. Y esto, contando además con nuestra propia flota de naves espaciales, que no descansan un momento en sus viajes Luna-Tierra y viceversa,

»Si consiguiéramos terminar con dichas interferencias, podría terminarse con toda tranquilidad el Proyecto-T, que suprimiría de golpe los viajes de las astronaves, al menos en lo que a transporte de metales se refiere, pues es sabido que ellos vendrían directamente hasta nuestro planeta, sin pasar por las enojosas etapas, de cohete a astronave, astronave a cohete y de éste a la Tierra. Tres etapas que pueden ser borradas con el Proyecto-T, y que nos ahorrarían una fabulosa cantidad de «garants», que constituirían entonces los saneados beneficios que obtendría nuestra EMMCI.

Kessa calló un momento, y el consejero Lanvers lo aprovechó para hacer una pregunta.

—Todo eso que usted ha dicho, señorita Blanc, está muy bien; pero, ¿quién nos garantiza que el Proyecto-T dé resultado una vez puesto en marcha? Ese proyecto es algo que nos ha consumido enormes sumas de dinero sin que hasta el presente haya dado el menor beneficio. ¿Sabemos si, en efecto, una vez concluida la instalación de ambas terminales, funcionará como se espera, haciendo innecesarias las naves para otra cosa que no sea estrictamente el transporte de hombres y víveres?

Kessa dejó que una suave sonrisa iluminara su lindo rostro.

—Se olvida usted del correo, mi querido Lanvers.

—Para eso están las reproducciones fotostáticas —mascculló el consejero, muy fastidiado.

—Al hombre que espera una carta de su esposa o de su novia, sobre todo cuando éstas son jóvenes y bonitas, no le gusta que otros se enteren del contenido de dicha misiva. Prefiere el anticuado pero seguro procedimiento del papel y el sobre.

»Pero no estamos aquí para hablar de procedimientos postales, sino del que debemos utilizar para impedir que continúen las interferencias que tanto daño han causado a la EMMCI, si es que interferencias puede llamarse a los hechos ocurridos y en los cuales se ha vertido sangre y perdido vidas humanas en más de una ocasión. En cuanto al Proyecto-T, de cuya eficacia duda usted tanto, Lanvers, le dejo en las manos de su autor, el ingeniero Sesma-Lexell.

Kessa se sentó súbitamente, haciendo que las miradas de todos convergieran sobre el aludido, quien, de pronto, sintió que los colores le afluían al rostro. Kessa le animó.

—Dé usted su respuesta a las palabras del señor Lanvers, señor Sesma-Lexell.

Frederick Sesma-Lexell se puso en pie, evidentemente azorado ante la contemplación de que era objeto por parte de todos los concursantes a la reunión y cuyos rostros silenciosos y ceñudos no eran precisamente una invitación a la tranquilidad de ánimo. El ingeniero desarrolló su corpulenta estatura, en la cual destacaban la anchura de hombros y la estrechez de caderas, síntomas ambos de una fuerza física indiscutible, que le hacía parecer un atleta antes que un sabio.

El ingeniero se pasó una mano por sus cortos y revueltos cabellos rubios, que denotaban su ascendencia sajona, en tanto que los negros ojos que bajo ellos brillaban decían claramente de la sangre latina que bullía en sus venas, haciendo de su mente y de su cuerpo una mezcla perfecta, que lo mismo podía, permanecer tranquila en las situaciones más apuradas, que estallar con una violenta explosión ante la más mínima contrariedad, siempre que ésta estuviera justificada. Relativamente joven, su edad no llegaría aún a los treinta y cinco años y su aspecto era el del hombre que la mujer mira complacida más de una vez.

—¡Ejem…! —empezó, algo torpe y vacilante—. Creo que… ¡hum!… la señorita Blanc ha sobrevalorado mis cualidades, pero yo…

—¡Al grano, al grano, Sesma-Lexell! —gruñó impaciente el rechoncho Uldquist—. No estábamos hablando de sus cualidades, sino del Proyecto-T. Lo que queremos saber es: ¿dará resultado? ¿No será una especulación que acabará en un experimento, más o menos curioso, pero solamente apto para ser desarrollado para uso de los alumnos de un laboratorio de física experimental de primer grado?

Aquellas palabras tuvieron la virtud de espolear al ingeniero. Éste se revolvió hacia el consejero.

—No, señor Uldquist, no es ningún experimento de laboratorio, sino algo que ya ha dado plenos resultados, y de lo que solo espero la orden para empezar a trabajar.

—En, la etapa final —añadió suavemente Kessa.

—En la etapa final —repitió Sesma-Lexell, un poco turbado, evitando

mirar a la joven—. Se ha superado ampliamente la fase experimental, y no nos falta ya, más que llegar a la práctica, es decir, a la de la utilización continua de lo que entonces dejará de llamarse Proyecto-T para adoptar el nombre que a ustedes les parezca mejor.

Sesma-Lexell calló un segundo, cosa que aprovechó el consejero Iddart para hacer una pregunta.

—Conozco en líneas generales el Proyecto-T, pero me gustaría saber algo más de su funcionamiento, por boca de su creador. ¿Sería tan amable el señor...?

El ingeniero se volvió hacia el que acababa de interpelarle.

—En líneas generales, como usted ha dicho muy bien, señor, es algo de una gran sencillez y que aprovecha la, para nosotros, circunstancia favorable de presentarnos la Luna siempre la misma cara. En síntesis, señor Iddart, es lo siguiente...

Durante largo rato, el joven ingeniero estuvo hablando, sin que nadie le interrumpiera, Al final, cuando terminó su perorata, suspiró aliviado, al mismo tiempo que se pasaba un pañuelo por la frente que se le había cubierto materialmente de sudor.

—¡Pardiez! —exclamó el consejero Zattino—. Si las cosas son como usted las pinta, señor Sesma-Lexell no hay duda de que conseguiremos un gran triunfo al poner en funcionamiento el Proyecto-T.

—Para ello es preciso, ineluctablemente preciso —intervino Kessa—, que hallemos primero la causa de las interferencias a que aludí anteriormente.

—¿Y cómo piensa usted hacerlo? —inquirió con leve sarcasmo en la voz el consejero Maroud—. ¿Acaso tiene la intención de emplear detectives?

—Exactamente es lo que usted ha dicho, señor Maroud —contestó ella sin descomponer su figura—. Un investigador es algo que ha entrado en mis planes desde que comenzaron a producirse dichos incidentes.

—¿Un detective? —dijo muy sorprendido Uldquist—. ¿Y por qué no dar cuenta a la Policía?

—La Policía —replicó Kessa serenamente—, hace tiempo ya que trabaja en el asunto, pero su capacidad tiene un límite que, en gran parte, está fijado por las barreras legales que le impiden pasar de

ciertos puntos.

—Entonces, ¿nos está sugiriendo que utilicemos un detective particular, cuyos métodos no importa sean ilegales, con tal de que den el resultado apetecido? —interrogó el consejero Zattino

—Exactamente —replicó ella sin inmutarse.

—¿Y no nos meterá el tal investigador en algún lío del cual podamos, mejor dicho, pueda salir la EMMCI malparada? —rezongó Uldquist.

—Espero que no. Como igual ocurrió con los tres que ya le precedieron.

La sorpresa estalló en la sala como una granada en medio de un campo nevado cuando resonaron las últimas palabras de la joven.

—¿Cómo ha dicho? —resumió Lanvers—. ¿Quiere decir que ya ha hecho investigaciones por su cuenta?

—¿Sin advertírnoslo antes a nosotros? —farfulló Iddart.

—¿Y qué fue de esos investigadores? —inquirió, más práctico, Maroud.

Kessa encogió los hombros.

—No lo sé. Lo ignoro, porque ninguno de ellos ha vuelto a dar señales de vida. Uno tras otro, fueron desapareciendo tan misteriosamente como si jamás hubieran existido

—¡Es increíble, absurdo! ¡Hoy día no desaparece una persona...!

—Señor Maroud, hoy día desaparecen las personas con tanta o más facilidad que antaño —contestó glacialmente Kessa—. Y esos detectives que yo contraté se esfumaron sucesivamente, uno tras otro, sin que ninguno de ellos dejara la menor pista que pudiera indicarnos, no ya lo que les había ocurrido, sino quién o quiénes tenían la culpa de su, digámoslo piadosamente, desaparición.

—¿Y usted hizo todo eso sin contar con nosotros? —extendió un carnoso índice el consejero Samuelson.

—Sí —sonrió la muchacha—; pero no se preocupe, señor Samuelson; todos esos gastos salieron de mi peculio particular.

—Aun así —refunfuñó el otro—, debiera haber contado, al menos, con

nosotros.

—No olvide el «pequeño» detalle de que el 51 por ciento de las acciones de EMMCI son mías —murmuró Kessa con suave acento—. Trataba únicamente, y de este pecado de orgullo me acuso, de presentar ante ustedes los resultados, pasando por alto los medios.

—Está bien —refunfuñó Lanvers—; dejemos eso a un lado. Ahora lo que interesa es: ¿quién ha de encargarse de esas investigaciones? ¿Quién es lo suficientemente tonto para jugarse el pellejo con la casi seguridad de dejárselo en la empresa? No hablo de los gastos que esto pueda ocasionarnos; por elevados que sean, siempre serán menores que las ganancias que nos reportará la solución definitiva del caso. Pero así como antes desconocíamos la identidad de los investigadores que utilizó, ahora queremos saber la identidad de nuestro hombre.

—En una palabra —sonrió Kessa enigmáticamente—, que les gustaría conocerle, ¿no es así?

Lanvers continuó con un gruñido de asentimiento. Entonces, Kessa apretó un botón; en la estancia inmediata sonó dos veces un amortiguado zumbador y entré yo.

* * *

Había estado presenciando toda la discusión a través de una pantalla televisora instalada en la habitación donde había aguardado la llamada de Kessa, merced a lo cual estaba al corriente de todo cuanto allí se había hablado. Así, pues, la precaución de la joven evitó una pérdida innecesaria de tiempo, el cual hubiera sido empleado vanamente en ponerme en antecedentes de algo que ya sabia por mi mismo.

El silencio al verme entrar en la sala de reuniones duró muy poco. Corint, otro de los consejeros, se ajustó sus lentes para verme mejor. Los demás me estudiaron atentamente, lo cual soporté con inmóvil paciencia, aguardando cerca de la mesa a que me permitieran sentarme.

—¿Quién es éste? —preguntó Lanvers.

—Nuestro nuevo investigador, señores. Es el... —Kessa vaciló

visiblemente durante un segundo y luego continuó—: Es la persona en quien confío para resolver este asunto que tanto nos enoja a todos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Samuelson.

—No tiene nombre. Se le designa con unas iniciales y una cifra.

El silencio es una pálida palabra para designar lo que ocurrió en la sala de juntas apenas hubo terminado Kessa sus palabras.

Uldquist lo rompió de manera explosiva.

—¿Cómo? —estalló, sanguíneo, al borde de la apoplejía—. ¿Un robot? ¿Pretende nada menos, señorita Blanc, que emplear un robot como investigador privado de nuestra Sociedad?

—No tiene que investigarnos a nosotros, sino a ellos —subrayó la joven

—¡Es lo mismo! —vociferó Maroud —. Es una máquina y nosotros somos hombres. ¿O es que el poseer el 51 por 100 de las acciones de la EMMCI le ha causado trastornos mentales, señorita Blanc? No olvide que nuestro voto también pesa y que...

—Kabé será nuestro investigador o, de lo contrario, antes de un año la EMMCI se habrá declarado en bancarrota —declaró Kessa con firme energía.

CAPÍTULO II

La EMMCI (Earth-Moon Mining Company Incorporated, o Compañía Minera Tierra-Luna, S. A.) era una entidad destinada, como su nombre lo indica, a la extracción y producción de minerales básicos del satélite y su transporte a la Tierra. El fundamento de dicha compañía ya había sido de sobra expuesto por Kessa Blanc: la baratura en el trabajo, que compensaba suficientemente los gastos de transporte... cuando éste se hicieran a través de otro medio que no fuera en las astronaves, cuyos fletes encarecían de tal modo la producción que los beneficios eran prácticamente nulos.

La EMMCI había sido objeto de varios despiadados ataques por parte

de persona o personas desconocidas, cuyo fin era fácilmente presumible: obligar a abandonarla, en cuyo caso caducarían las concesiones mineras en beneficio de aquel o aquellos que obraban en la sombra, de modo tan artero y solapado. Entonces, éstos tendrían todas las bazas a su favor y, disuelta la compañía, el Proyecto-T pasaría a ser suyo, no porque Sesma-Lexell fuera enemigo personal de la EMMCI, sino porque, ¡qué robots!, al fin y al cabo era un hombre, su proyecto era un invento sensacional y revolucionario, y esperaba obtener pingües beneficios con el porcentaje que le correspondiera de su invento.

En síntesis, el Proyecto-T era, ni más ni menos, que algo así como un tubo visible, pero inmaterial, como hecho de luz, por el cual circularían, mediante potentes impulsos electromagnéticos, los metales reducidos al estado de polvo impalpable. El tubo iría de determinado punto de la Luna a uno de los Polos terrestres, estando continuamente unidos ambos astros por el mismo, sin que las variaciones de distancia que hay en el curso de la órbita lunar, y que van desde los 380.000 kilómetros a los 404.000 pudieran afectarlo, ya que se encogería o estiraría alternativamente, según las circunstancias.

El extremo terrestre del tubo iba a estar situado en uno de los Polos, exactamente en el final del eje del globo, para lo cual se habían efectuado mediciones muy precisas y costosas, en tanto que el otro se hallaría aproximadamente hacia el Golfo del Centro lunar. Esto era imprescindible, pues así el extremo terrestre no haría más que girar sobre su base, dado que, de ser instalado en cualquier otro punto de la superficie de la Tierra, hubiera girado con ésta, acabando por enrollarse a ella, pese a su inmaterialidad. De tal manera, siempre estaría libre, como si fuera un hilo atado a la cúspide de una peonza que gira alrededor de sí misma, sobre su pivote metálico, en el suelo, y cuyo hilo concluye por su otra punta en una esfera que, si bien gira alrededor de la peonza, no lo hace, en cambio, alrededor de su eje más que al mismo tiempo que da vueltas alrededor de aquélla. Esta es la imagen más clara y más sencilla que se me ha ocurrido para explicar el funcionamiento del Proyecto-T, y lo cierto era que Sesma-Lexell había tenido una idea brillantísima al desarrollar una cosa tan fácil en tan gigantesca escala sin embargo, lo cual requería medios, máquinas e instrumentos nada comunes, pero cuyo costo altísimo estaría superado de largo por los beneficios que se obtendrían con el rápido traslado de los minerales desde la Luna a nuestro globo.

En resumen, que nuestro papel era el del hombre que hace girar una pelota atada a un cordel y sostenida por la mano, sobre su cabeza. La Luna sería la pelota, la Tierra el hombre, y el Proyecto-T intentaba ser

el cordel. Si se llegaba a conseguir, sería uno de los proyectos más sensacionales y revolucionarios de todos los tiempos.

Y yo, un robot, era el encargado de dilucidar el misterio que envolvía las interferencias, como Kessa había llamado piadosamente a ciertos actos, que estorbaban el normal funcionamiento de la EMMCI.

Lanvers se acarició la barbilla, mirándome especulativamente de arriba abajo.

—De modo que este cofre de válvulas y circuitos va a ser nuestro detective particular, ¿no es así?

Kessa asintió.

—Usted lo ha dicho, señor Lanvers.

—Encuentro un obstáculo para qué pueda actuar a nuestro favor —dijo.

—¿Cuál, señor Lanvers? ¿Acaso le molesta que un robot consiga triunfar allá donde los hombres han fracasado?

El consejero meneó la cabeza,

—No es eso, señorita Blanc, sino su misma constitución. Es decir, el Código Robótico a que está sujeto, le impedirá obrar del modo que nosotros desearíamos.

—Sugiero que se explique mejor —dijo la joven con cierta impaciencia.

Lanvers se enderezó. Me miró de un modo que refrigeró mis circuitos y luego dijo:

—Kabé es un robot y como tal está sujeto a sus leyes, las cuales, como todos sabemos, están inculcadas en su cerebro positrónico de modo que le es imposible desobedecerlas. Primero: debe obedecer a toda orden que le sea dada por un ser humano, siempre que esta orden no entrañe peligro o daño alguno para otro ser humano. Segundo...

—No siga —murmuró Kessa fríamente—; de sobra conocemos todos las limitaciones a que están sujetos los robots.

—Entonces, Kabé está de más aquí —dijo fríamente Lanvers.

—¿Por qué? ¿Acaso le molesta?

—No. Pero, señorita Blanc, fíjese bien en la primera ley robótica, que le impide dañar a ningún ser humano.

—Kabé no hará daño a nadie…

Lanvers soltó una risotada plena de sarcasmo. Los demás consejeros eran interesados espectadores del duelo dialéctico entre él y la bella joven.

—No diga tonterías —gruñó con harta descortesía—. Tiene que obedecer nuestras órdenes, que son las de hallar al culpable de todo cuanto nos ocurre. En el momento que lo halle, éste será entregado a. las autoridades, con lo cual dicho culpable sufrirá un daño. ¿Está o no está esto en contradicción con dicha ley robótica, señorita Blanc? Y si ese supuesto criminal le ataca, ¿podrá defenderse Kabé? No, porque el que le ataca es un hombre, y para defenderse tendría que causarle algún daño, aunque solamente fuera atontarle de un puñetazo, y Kabé tiene prohibido…

—Lo sé —suspiró Kessa pacientemente—; tiene prohibido el hacer daño a los humanos. Conforme, señor Lanvers, pero Kabé será nuestro detective.

Entonces fue cuando terció Samuelson. Casi saltó de su asiento para hablar.

—Me parece que la voy entendiendo a usted, señorita Blanc. Si, por las artes que sean, ha conseguido que Kabé sea relevado de la obediencia a su Código, eso sería sentar un mal precedente con los demás robots. Inmediatamente, todos aquellos que son poseedores de un robot tipo humanoide como Kabé, querrán que se les haga lo mismo con los suyos, y ¿qué ocurrirá entonces? ¿Se imagina usted una rebelión robótica, una rebelión de máquinas con inteligencia casi humana, luchando por hacerse dueños de todos nosotros, los hombres?

Pero Kessa seguía terca, en sus trece.

—Kabé será nuestro agente. Y muy secreto además. Kabé investigará todo cuanto ocurrió y ocurre, sin tomar una determinación por sí mismo, limitándose a presentarnos los hechos tal cual son. ¿Que hay un culpable? Peor para él; el daño no se lo causa Kabé con descubrirlo, sino él mismo con haber cometido esos actos criminales contra la EMMCI. Kabé no será el tipo ese de detective de novelas que anda a tiros y puñetazos por todas partes, sino un señor que irá haciendo pacientemente sus investigaciones, al final de las cuales nos

entregará los resultados, a base de los cuales actuaremos nosotros.

Iddart sacudió la cabeza con aire pesimista.

—De todas formas, ¡un robot...!

—Un robot no es más que una máquina —declaró fríamente Kessa.

El circuito del disgusto empezó a recalentárseme al oír aquellas palabras de la chica, y tuve que enviarle unas cuantas unidades de refrigeración para evitar se me quemara algún cable o se me fundiera una válvula. ¡Claro, yo soy una máquina! ¿Qué me rompo? Se compra otra y en paz. Pero si matan a un detective, aparte de que es un hombre y la sangre vertida no tiene precio, puede llegar un momento en que nadie, por más dinero que se le ofrezca, quiera aceptar el encarguito. En cambio yo, me dicen «ve» y voy, «anda» y ando, «párate» y me paro... ¡Bonita perspectiva, electrones! ¡Qué vida más aperreada es la de un robot!

—Además hay otra cosa —continuó la joven, la cual, aquí para mis válvulas, era condenadamente guapa—: Kabé no irá solo, irá acompañado de una persona de entera confianza, la cual, a base de las informaciones recibidas por Kabé, será la que tome las decisiones que sean necesarias.

Hubo un largo silencio.

—En principio no está mal — declaró Zattino, juntando melifluamente las yemas de los dedos—. No está mal.

—Eso es una vulgar componenda para burlar el Código Robótico — declaró con énfasis Corint—. Espero, por nuestra propia estimación más que por nuestro bien, que a Kabé se le funda alguna válvula en cuanto intente hacer algo ofensivo para cualquier ser humano.

—No se preocupe —sonrió irónicamente Kessa—; llevaré unas cuantas de repuesto en mi bolso de mano.

Maroud lanzó un bufido de sorpresa.

—¿Ha dicho «llevaré», señorita Blanc? ¿Es que va a ser usted…?

La hermosa cabeza de Kessa se agitó despaciosamente de arriba abajo.

—Exactamente, señor Maroud. «Yo» voy a ser la persona que acompañará a Kabé en su arriesgada misión.

* * *

Los trillones de células positrónicas que componen mi cerebro sirven, entre otras cosas, para procurarme una memoria de elefante, hablando vulgarmente. No hay hecho que haya sucedido ante mí o que por lo menos haya oído hablar de él, que no quede perenemente grabado en mi robótico subconsciente, del cual puede salir a la superficie con sólo desearlo. Es por esto, además de las enseñanzas que me fueran inculcadas durante mi construcción, que puedo «pensar», y reaccionar como lo haría un ser humano, salvo, naturalmente, para defenderme violentamente de un ataque de éste. Mi especial construcción me veda hacer el menor daño a una persona, pero, salvo este detalle, todos mis demás aspectos, incluido el físico, son exactamente iguales a los de cualquier ser humano.

Es por esto que no me hizo la menor gracia la propuesta de Kessa.

Cuando la chica solicitó mis servicios al Mando Central Robótico, se me puso en antecedentes de todo lo que ocurría en la EMMCI, así como lo que esta entidad pretendía en la Luna. Para que mi información fuera aún mayor, se me hizo asistir a la reunión del Consejo de Administración y, una vez concluidas las disposiciones, yo albergué por un momento la esperanza de realizar solo mi trabajo.

Pero Kessa se había empeñado en venir conmigo y, amigos, cuando una mujer se enterca en algo, o se la deja hacer o se la mata; el término medio no cabe en ella.

Los consejeros fueron desfilando hasta que nos quedamos solos la chica, a su requerimiento Sesma-Lexell, y yo. Kessa sacó tabaco y los dos humanos fumaron silenciosos durante unos momentos.

Luego, ella me miró.

—A juzgar por tu expresión, Kabé, parece no te haya hecho mucha gracia mi intención de acompañarte.

—¿Puede un robot oponerse a los deseos de un ser humano? —respondí sin pizca de ironía.

—Ésa no es una respuesta, Kabé —dijo ella adustamente—. Eres un robot, sí, pero a partir de este momento, yo te relevo de la obligación

de estar callado sin que se te dirija la palabra. Puedes hablar sin que se te interrogue, Kabé; es más, te ordeno que, en este sentido al menos, te consideres igual a uno de nosotros.

Moví levemente la cabeza en señal de asentimiento.

—Gracias, señorita Blanc, es usted muy amable conmigo.

—Lo hago por egoísmo, Kabé.

—No —dije lacónicamente, y la chica arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—No lo hace por egoísmo, señorita Blanc; lo hace por terquedad.

Los colores subieron repentinamente a su rostro.

—¡Eres un insolente, Kabé!

—Soy un robot y los robots estamos privados de la facultad de mentir que poseen ustedes, los humanos. En todo momento he de decir la verdad, y ésta es, sencillamente, que usted viene conmigo por amor propio y orgullo más que por el sincero deseo de descubrir al autor de los desaguisados que ha sufrido la EMMCI en los últimos tiempos. Acaso —proseguí—, si esos tipos se hubieran dirigido a usted para una asociación o algo por el estilo, hubiera claudicado; pero la forma en que lo han hecho no ha pedido ser más torpe —para ello, naturalmente—, y ha causado en usted, señorita Blanc, el mismo efecto que un trapo rojo en un toro bravo. No sé si habré sabido explicarme bien...

La expresión de Kessa se dulcificó con una leve sonrisa.

—No te sabía tan psicólogo, Kabé —me dijo.

—Soy uno de los pocos robots que han tenido un trato continuo con humanos, pero no de la forma habitual en que lo hacen mis demás «compañeros», sino en las numerosas aventuras por que tuvieron que atravesar aquellos a cuyo servicio estuve anteriormente. Ello, naturalmente, me ha dado mucha experiencia en el trato con los seres de su clase, señorita.

—Está bien, Kabé — asintió Kessa. Y luego miró hacia el ingeniero—. ¿Qué opina usted de nuestro Sherlock Holmes?

Sesma-Lexell se acarició cautamente la mandíbula antes de dar una

respuesta.

—Pues que, si esta condenada máquina es tan inteligente como promete, no cabe la menor duda de que hemos hallado a nuestro hom... digo a nuestro robot. De todas formas — agregó—, me parece un poco arriesgado confiar en él.

—Yo no soy de su opinión, señor Sesma-Lexell —dijo un poco enojada la joven.

—La manera de pensar es libre para cada cual y, en este momento, tanto Kabé como yo somos sus subordinados.

Kessa pegó una rabiosa patadita en el suelo, impaciente.

—No exijo de mis subordinados ciega obediencia, sino inteligencia. Que sepan pensar y, en el momento oportuno, decidir por sí mismos.

—Está bien —dijo el ingeniero—. ¿Por dónde empezamos, pues?

Los aterciopelados ojos de Kessa se volvieron hacia mí.

—Kabé tiene la palabra —dijo.

—No tengo gran cosa que añadir, sino que me gustaría, antes de emprender una acción definitiva, concluir la información que debo poseer, a la cual le faltan algunos detalles.

—¿Por ejemplo...?

—Conocer los trabajos que se han realizado ya para el establecimiento del tubo. Me refiero a lo que se ha hecho ya en la Tierra.

—Todos los incidentes ocurridos lo fueron en nuestro satélite, Kabé — me advirtió Sesma-Lexell.

—Lo sé; pero a juzgar por cuanto he oído, las instalaciones que hay en el Polo no se han de diferenciar mucho de las lunares. Salvo, naturalmente, en los hielos. Así, viendo lo que hay hecho aquí, puedo imaginarme lo de allá arriba y con ello ahorraremos bastante tiempo.

—¿Sugieres, pues, un viaje al Polo? —preguntó Kessa.

—Exactamente, señorita Blanc.

—No lo creo necesario —declaró Kessa al fin.

—¿Por qué no?

—Por las mismas razones que diste antes, sólo que a la inversa, Kabé. Lo que vamos a ver en el Polo, igual podemos verlo en el Golfo del Centro.

Conecté el circuito de la resignación y lancé un suspiro.

—Ya me lo suponía yo —rezongué.

—¿Cómo?

—Que mi presencia en la EMMCI iba a ser más decorativa que otra cosa, sobre todo teniendo en cuenta que la que mangonea todo el asunto es una mujer.

—Repórtate, Kabé —dijo airado el ingeniero.

—No puedo —declaré desvergonzadamente—; he de decir la verdad. Si se me nombra investigador de la EMMCI, he de tener cierta libertad de acción; de lo contrario, bien estaba cuidando de los niños del profesor Crandon y de su esposa. Cuando menos ésta es una tarea que no recalienta mis circuitos[1].

—Bueno—concedió Kessa a desgana—; iremos al Polo, tal como lo deseas. ¿Por qué la terminal del tubo no estará en Palm Beach?

—Las modas femeninas para este invierno tienen bastante atractivo —dije insinuantemente, y la chica se sonrojó.

—No me refería a Palm Beach precisamente por lucir mi tipo.

—Pues no faltará quien lo lamente —dije, echando una mirada de reojo al ingeniero, quien en el acto se puso muy colorado.

Kessa sonrió por no romper en una carcajada, y en aquel momento se oyó el apagado zumbido del visófono.

Di el contacto y al momento apareció en él la atractiva cara de una estenógrafa.

—Hay una visita para la señorita Blanc —dijo la monada.

Miré a la aludida expectantemente. Ella se acercó a la pantalla.

—¿Quién es? —preguntó.

—El señor Penrod, señorita Blanc. Dice que es muy importante lo que tiene que comunicarle.

—Está bien. Lucy. Hágalo pasar, pero adviértale antes que solo puedo concederle cinco minutos.

—Si, señorita Blanc —y la imagen del bombón se esfumó al instante.

Unos segundos más tarde se abría la puerta y pasaba al interior de la sala el visitante.

CAPÍTULO III

Penrod era un buen tipo de hombre, vestido con tanta elegancia como lo fuera Petronio en la corte de Nerón, y con un aspecto tan refinado como lo pudo tener éste en sus tiempos. A decir verdad, Penrod era de los hombres que hacen pensar en seguida en lo mal que se encuentran sin una túnica o una clámide que realce su varonil apostura.

Pero un observador atento como yo se daba cuenta al instante de cierta expresión de sus ojos, que tenía muchos puntos de contacto con la de una serpiente de cascabel, aunque infinitamente más peligroso que el reptil. Y por supuesto, con inteligencia.

—Señorita Blanc... —saludó cortésmente—. Muchas gracias por la entrevista que me ha concedido. Sin embargo... —nos miró de reojo a Sesma-Lexell y a mí—. Tenía entendido que la entrevista era a solas.

—Puede hablar delante de estos señores con entera confianza —dijo la chica—. No tengo secretos para ellos.

Penrod sonrió levemente.

—Sólo hay un «señor» aquí —dijo—. El otro es... una máquina.

—¿Quién se lo ha dicho a usted, señor Penrod? —exclamó Kessa, muy enojada.

—¿Qué importa ello ahora? Lo interesante es que usted escuche mi proposición y que luego decida.

—¿Usted tiene que hacerme una proposición?

Penrod asintió.

—No actúo en nombre mío, sino de otra persona, pero tengo plenos poderes para decidir sobre el terreno, una vez conozca usted el tema de mi propuesta, señorita Blanc. Por supuesto, no puedo declarar la identidad de mi cliente, pero puede estar segura, señorita, de que, si usted acepta lo que voy a sugerirle, mi cliente dará por buenas mis actuaciones.

—Todavía ignoramos lo que ha de decirnos, señor Penrod. Y, por favor, sea breve; tenemos prisa.

—Muy bien, señorita Blanc. Seré breve y conciso. Lo que tengo que hablar se refiere a cierto asunto de la EMMCI, conocido mejor por el nombre de Proyecto-T.

Kessa y el ingeniero lanzaron una unánime exclamación de asombro al oír las palabras del visitante.

—¿Quién le ha puesto en antecedentes de nuestro proyecto? —gruñó Sesma-Lexell, de malísimo humor.

—Desde luego, mi cliente —replicó Penrod, impávido.

Kessa sonrió con desprecio.

—Supongo, señor Penrod, que su cliente será el mismo que está provocando obstrucciones e interferencias en la labor que el señor Sesma-Lexell está desarrollando para la EMMCI, ¿no es cierto? ¿Qué clase de hombre es usted que trabaja para un asesino, señor Penrod?

—Es muy lógico que esté usted enojada por las contrariedades que la EMMCI ha sufrido últimamente, señorita Blanc; pero no deben sernos achacadas a nosotros, es decir, a mi cliente. Éste, por supuesto, tiene interés en formar parte de la EMMCI, pero siempre por medios legales; nunca mediante la acción violenta que pueda causar la muerte de uno o varios de sus semejantes.

—Sus palabras, señor Penrod, están en contradicción con los hechos. En el satélite han muerto hasta ahora siete mineros...

—A causa de accidente, según la encuesta.

—Veo que está bien enterado de las cosas, señor Penrod. Si, eso es lo

que dicen los papeles; pero lo verídico, lo cierto, es muy distinto. De todas formas, no quiero seguir ya discutiendo más con usted. Mi respuesta a su proposición, no formulada todavía, es una negativa rotunda,

Penrod meneó la cabeza pesarosamente.

—Como todas las de su sexo, señorita Blanc, obra más por intuición que por razonamiento; y aunque hay que reconocer que la intuición femenina, en muchos casos, da un excelente resultado, en éste, sin embargo, no está justificada en absoluto. Puedo asegurárselo.

—No le dejé pasar para oír hablar de mis cualidades psicológicas, señor Penrod.

—Tampoco yo lo hubiera hecho de no provocarme usted, señorita. Pero vayamos al asunto y escuche la proposición que le hago en nombre de mi cliente Éste propone comprar el cincuenta y uno por ciento de las acciones de la EMMCI y, a cambio, se compromete a poner todo su esfuerzo en colaborar para la feliz conclusión del Proyecto-T.

—Además de asesino, chantajista —declaró Kessa sin rebozo.

—Una expresión muy fea, señorita Blanc, Usted nos está prejuzgando sin tener reales motivos para ello.

—¿Motivos? ¿Qué no tengo motivos? —declaró ella, indignadísima, muy sofocada—. ¿Y las vidas de esos siete empleados de nuestra empresa? ¿Y los retrasos sufridos en el trabajo? ¿Le parecen banales esos motivos para juagar a su cliente, sea quien sea ese miserable que se escuda en usted para no dar la cara?

Penrod volvió a mover la cabeza.

—Está en un completo error, señorita Blanc. Me gustaría hacer algo para convencerla de que sus sospechas son absolutamente infundadas.

—Me agradaría mucho más que nos dejara solos, señor Penrod. Su proposición es más que absurda, descabellada. Solo a un chiflado como sin duda debe ser su cliente se le ocurren tales cosas. Dígale que no, que la EMMCI no piensa retroceder un solo paso y que, con sabotajes o sin ellos, lograremos dar buen fin a nuestros proyectos. Y, además, dígale también que si le echamos la mano, le daremos que sentir; esas siete vidas que se perdieron reclaman justa venganza. ¿Me entendió, señor Penrod?

Éste se inclinó.

—Perfectamente, señorita. Tout de suite. Lo haré saber así a mi cliente, aunque es una lástima que no se avenga a razones.

—La EMMCI no reconoce otra razón que la justicia y la legalidad; pero si ustedes luchan fuera de ellas, nosotros acudiremos a su terreno, señor Penrod, y aceptaremos la batalla allí donde ustedes quieran. ¿Es suficiente respuesta para su cuente?

—Con un «no» sería bastante, puesto que el resto es pura fantasía. Pero, de todas las formas, se lo haré saber así, esperando que trate de mejorar su propuesta.

—Será inútil que haga ninguna; no volveré a recibirle más, señor Penrod.

Éste sonrió con perfecta tranquilidad de ánimo.

—Es una lástima, señorita Blanc, porque verla a usted es un espectáculo que realmente reconforta el ánimo. Señor Sesma-Lexell... Kabé... señorita...

Penrod hizo tres inclinaciones de cabeza y se marchó, sin que en su rostro pudiera adivinar yo sí se sentía alegre o defraudado por la entrevista recién sostenida. Pero detrás de él había dejado un clima de desconfianza y duda que en modo alguno podía beneficiarnos.

Kessa me miró con aire especulativo.

—¿Qué opinas del pájaro, Kabé?

—Que viste muy elegantemente, señorita Blanc.

—Ésa no es ninguna respuesta —murmuró ella, irritada.

—Es la única que puedo dar. Penrod es un tipo astuto y muy hábil, a quien no es fácil adivinarle sus pensamientos a través de la expresión del rostro.

—Lo mismo me pareció a mí —terció el ingeniero muy pensativo—. Es un fulano con más conchas que un galápago y más astuto que un zorro. Si se declara enemigo nuestro, nos dará muchos quebraderos de cabeza.

—¿Acaso no lo es ya? —dijo ella.

—No de la forma en que nosotros hubiéramos esperado. Fíjese bien en que no pronunció ninguna amenaza que pudiera comprometerle.

—El tono de sus palabras llevaba implícita esa amenaza.

—No se puede comprometer a un hombre solamente por el tono de sus palabras, señorita Blanc. Cuando repase usted la cinta magnetofónica en que quedó registrada la conversación, verá que no hay nada que pueda servir para una base acusatoria contra Penrod. Todo cuanto se habló en este sentido, lo dijo usted, recuérdelo.

Kessa asintió, hondamente preocupada.

—Es cierto. Penrod es escurridizo como una anguila y no dijo nada que pudiera perjudicarle.

—Lo cual —concluyó el ingeniero— demuestra el calibre de las personas contra quienes hemos de luchar. Pero, si vamos a emprender la contraofensiva, hemos de hacerlo cuanto antes, sin la menor pérdida de tiempo, cosa que no podemos permitirnos en absoluto.

Yo asentí.

—Iré a preparar lo necesario para el viaje.

* * *

Nuestro cohete tomó tierra en el Polo, a corta distancia del lugar en que se hallaban las instalaciones de la EMMCI. Corté los gases y el motor se detuvo, cesando el silbido que nos había acompañado durante todo el viaje, aunque en ocasiones viniera detrás de nosotros, dada la velocidad supersónica con que habíamos volado.

El paisaje polar no podía ser más desolado. Una inmensa llanura blanca se extendía hasta perderse de vista, deslumbrando con sus cegadores reflejos las pupilas. Por todas partes se veían bloques y más bloques de hielo, retorcidos en infernales posturas, quebradas sus superficies por la acción brutal de las bajísimas temperaturas que durante todo el año reinaban en aquella helada zona.

Las máquinas de que se disponía en la zona de futuro contacto con el satélite habían explanado, no obstante, varias pistas que servían para

la mejor circulación de los vehículos que, transportando hombres y materiales desde el aeropuerto a la zona de construcción, iban y venían de manera casi incesante. En el exterior reinaba una media de —45°, pero todos los trabajadores estaban perfectamente protegidos contra el frío helador merced a sus termotrajes, que les proporcionaban una temperatura interior de quince a veinticinco grados, según voluntad, y que, siendo extremadamente livianos, no les impedían una absoluta libertad de movimientos.

Kessa, el ingeniero y yo nos embutimos en nuestros termotrajes y salimos fuera del cohete intercontinental al hielo. Mis mecanismos hubieran podido soportar muy bien aquella bajísima temperatura, pero no me gustaba exponer mis metálicas articulaciones a un frío excesivo, pues corría el riesgo de que alguna de ellas se me congelara en un momento comprometido, interfiriendo mi libertad de movimientos. Dejé, pues, el interior de mi termotraje en unos modestos diez grados positivos, y acompañé a la pareja al oruga que había venido a buscarnos.

Lo conducía una joven de agradable aspecto, aunque algo insignificante. Parecía ser de carácter tímido y su mirada no se proyectaba hacia el frente, sino que era incapaz de sostener más de cinco segundos las de sus interlocutores. Sesma-Lexell nos dio la gran sorpresa al presentárnosla como su hermana María.

—¿Cómo? —dijo Kessa, muy sorprendida—. No sabía que tuviera una hermana, Fred.

El ingeniero sonrió.

—Señorita, tampoco era necesario que lo supiera. Mary está aquí por sus propios méritos… que no son muchos, pues es solamente una empleada administrativa de la parte terrestre de mi… perdón, de nuestro proyecto. Pero lo hace muy bien y, en realidad, ella es quien lleva toda la parte burocrática de esta zona.

—Fred es muy amable conmigo —sonrió pálidamente la muchacha, poniendo en marcha el tractor—. Las formalidades burocráticas están reducidas aquí al mínimo y apenas si dan trabajo.

—Pero éste no es lugar para una mujer —dijo Kessa.

—A mí me gusta —contestó simplemente Mary—. Hay tranquilidad, paz, y, en medio de todo, no se pasa tan mal como parece. La EMMCI nos proporciona toda clase de distracciones y…

En tanto que las dos chicas seguían hablando, mis circuitos visuales captaban al mismo tiempo, sin perderme una sílaba del femenino diálogo, todo cuanto nos rodeaba en aquel inhóspito lugar.

En verdad, Sesma-Lexell había tenido razón al decir que aquello podía verlo igualmente en la Luna. Salvo la diferencia de tono del suelo, los edificios que había allí eran idénticos a los del satélite. Sólidos barracones destinados al alojamiento de los trabajadores; grandes cúpulas de vidrio transparente, en las que se hallaban las máquinas que construían instrumentos menores; almacenes, hornos, la central de fuerza… y en el centro de todo, exactamente en el extremo del eje terrestre, en el lugar donde los geógrafos han señalado el Polo, estaba la mitad del proyecto-T.

Aparentemente no tenía nada de particular. Era, simplemente, una torre de unos cincuenta metros, de altura, formando una pirámide truncada, cuya base menor mediría treinta metros por otros cincuenta la mayor. Estaba formada a base de columnas entrelazadas, hechas de cemento precomprimido todas ellas, a excepción de la escalera que comunicaba el suelo con los distintos pisos de la construcción, que era, aunque pueda parecer mentira, de madera. En el centro de la torre, y llegando casi hasta el suelo, se veía un enorme cilindro, también de cemento, de unos quince metros de diámetro, a modo de enorme chimenea, cuya boca superior sobresalía ligeramente de las últimas vigas de la torre.

Al lado de la base de ésta se veían algunas cabinas, todas ellas transparentes, con cabida para dos o tres personas, y en las cuales había un cuadro de mandos, lleno de esferas e indicadores. De estas cabinas partía un complicado sistema de cables que enlazaban con el tubo, cuya base estaba formada por un anillo semicilíndrico que la engrosaba en media docena de metros más y que, según las explicaciones que nos daba Sesma-Lexell servía para transmitir la energía que proporcionaba la planta atómica de fuerza y que era transformada bajo las cabinas antes de llegar a su destino.

Claramente se veía que el proyecto estaba aún inacabado. Los trabajadores iban y venían, ocupados en sus obligaciones, obedeciendo todos ellos a un plan preconcebido, pero un rápido examen de algunos rostros me dio la sensación de que allí no se trabajaba con verdaderas ganas de hacerlo.

No dije nada, sin embargo, y me guardé la observación para mi robótico caletre. Seguí al ingeniero, a Kessa y a la hermana de aquél, a los cuales se había unido un tipo que atendía por el nombre de Otto

Strasser y que, según, supe, era el adjunto de Sesma-Lexell en la parte terrestre del célebre Proyecto-T.

Kessa quiso ver cómo iban las obras y nos encaminamos hacia la torre. Una sorda vibración subía del suelo, como si debajo de éste yaciera algo con vida, proporcionándonos una sensación que no tenía nada de agradable. Uno tras otro, tomamos la escalera que daba acceso a la cima de la torre, y cinco minutos más tarde nos hallábamos en la plataforma de observación desde la cual se supervisaban los trabajos.

El tubo tenía una terminación en la parte superior idéntica a la de la base. Una corona circular semicilíndrica lo ceñía, y de ella partían numerosos cables, gruesos todos ellos como la muñeca de un humano, que iban hasta las columnas base que formaban la estructura principal de la torre, desapareciendo en su interior. Pero la vibración seguía manteniéndose lo mismo arriba que en el suelo y empecé a temer por la integridad de mis circuitos positrónicos.

Kessa también lo advirtió y preguntó por las causas de tan poco agradable sensación. El ingeniero nos lo aclaró.

—Es una especie de deflector, semejante al que usan las astronaves contra los meteoritos, sólo que aquí se usa contra las bajas temperaturas y los copos de nieve. Si se fijan en los termómetros que hay instalados en cada columna principal de la torre, verán que la temperatura que marcan es de alrededor de cero grados, justo para mantener el hielo sobre el cual están cimentadas las columnas, pero suficiente, sin embargo, para impedir que los copos de nieve interfieran nuestros trabajos. En realidad, hay una especie de círculo de calor que nos separa de los 40 ó 50 bajo cero que hay media docena de metros más allá.

No estaba mal la idea —pensé para mis válvulas. Y luego, sin poderme contener, alcé la vista hacia el cielo.

Estaba gris, plomizo, amenazando mal tiempo, a pesar de hallarnos en el verano ártico. Las nubes corrían muy bajas, revueltas por las frías rachas de viento que soplaban y que, sin embargo, veían atenuada notablemente su fuerza al llegar a la torre, merced al deflector de temperatura. Aquello oprimía el corazón, hablando en términos humanos, y la verdad, creo que empecé entonces a compadecer a cuantos tenían el humor de haber ido al Polo a ganarse unos cuantos «garants» extras en un trabajo tan detestable.

Miré a mi alrededor.

Nos hallábamos en una plataforma de tablones, construida provisionalmente para que los trabajadores pudieran efectuar su labor en el borde de la boca del cilindro. Había un par de ellos, efectuando unas conexiones con los cables, y verificando por medio de aparatos comprobadores, si estaban bien hechas. Respondieron lacónicamente a unas cuantas preguntas que se les hicieron, y luego continuaron su faena normalmente sin prestarnos mayor atención.

Kessa empezó a pedir más aclaraciones al ingeniero. Sesma-Lexell, en su elemento, se sintió repentinamente elocuente, y charló por los codos, dando abundantes explicaciones acerca de cómo pensaba funcionaría la cosa. Yo, haciéndome el distraído, escuchaba atentamente, grabando todas las palabras que se pronunciaban en mis circuitos memorísticos, que en cualquier momento podían reproducir la conversación con absoluta fidelidad, lo mismo que si de un vulgar y sencillo aparato grabador de sonidos se tratara.

Al cabo de un buen rato, Kessa se dio por satisfecha. Nos encaminamos hacia el rincón donde se hallaba la escalera, pero en aquel momento un sordo crujido nos alarmó a todos.

SI crujido seguía en crescendo.

Durante un momento, permanecimos inmóviles, sin saber a qué achacar aquel ruido que se oía, y que tanta alarma nos causaba. Pero, de pronto, uno de los electricistas, poniéndose en pie de un salto, lanzó un aullido que puso a todo el mundo la carne de gallina y a mí estuvo a punto de fundirme un par de circuitos.

El hombre gritaba:

—¡La plataforma! ¡Se está hundiendo! ¡Vamos a perecer aplastados!

CAPÍTULO IV

La plataforma de madera rodeaba todo el tubo, llegando desde los bordes superiores de la torre hasta los del enorme cilindro por donde se pensaba canalizar la fabulosa energía que transportaría los minerales de la Luna al planeta.

No sé si fue debido a que nos habíamos reunido cinco o seis personas en un sector de dicha plataforma, pero aquel trozo en que nos hallábamos empezó a ceder de pronto, con alarmantes chasquidos.

Una de las vigas que sostenían el tablado cedió con fenomenal crujido. La plataforma se combó.

Era evidente que aquello iba a hundirse en un brevísimo espacio de tiempo. No nos quedaría mucho, pues, para tomar una determinación. La mía fue saltar hacia uno de los cables de conexión, y asirme fuertemente a él. Al mismo tiempo, había cogido a Kessa por la cintura, antes de que ella pudiera rehusar mi ayuda, y la sujeté fuertemente. Tan sorprendida quedo que no tuvo tiempo siquiera de protestar.

Sesma-Lexell hizo algo parecido con su hermana, en el instante exacto en que la plataforma acababa por ceder, precipitándose en el vacío, con horroroso estrépito que ahogó los gritos de espanto de Strasser y de los dos operarios, los cuales, sorprendidos, no habían tenido tiempo de salvarse.

—¡Sujétese fuerte!—grité a Kessa, y ella, comprendiendo, se asió con ambas manos a otro cable adyacente, aliviándome en parte de su peso.

Media plataforma llegó al suelo, envolviendo en sus destrozados restos al adjunto del ingeniero y a los dos operarios, cuyos últimos gritos, fueron apagados por el tremendo fragor de la caída. Del suelo se elevó una nube de polvo y hielo desmenuzado, y luego todo quedó silencioso, siniestramente tranquilo.

Pero aquellos momentos de calma no duraron mucho. Todavía duraban en el aire los ecos del ruido que había producido la plataforma al hundirse, cuando de todas partes empezaron a acudir los obreros, constituidos en equipos de salvamento, tratando de hallar alguien vivo entre aquel maremágnum de vigas y tablones que habían sido la mitad de la plataforma.

Mientras tanto, nuestra situación distaba mucho de ser cómoda. Yo tengo mucha potencia en mis articulaciones, pero todo tiene un límite. Y si nos referimos a Sesma-Lexell y a su hermana, la cosa iba aún peor.

Miré a Kessa. La joven estaba pálida, pero resistía serenamente, firmemente asida a su cable. Sus ojos no expresaban el menor temor, a pesar de hallarse suspendida a cincuenta metros del suelo.

En cambio, les hermanos Sesma-Lexell no parecían hallarse en muy buena situación. Gruesas gotas de sudor corrían por el rostro del ingeniero, cuyo brazo continuaba rodeando el talle de su hermana, la cual, muerta de pánico, no acertaba a ejecutar el menor movimiento que pudiera ayudarla a salir de aquel mortal atasco.

Hube de ser yo el que tomara una determinación, pues los equipos de salvamento apenas si habían empezado a subir por la escalera, y no sabía si tendrían tiempo suficiente para llegar hasta nosotros.

—¿Puede sostenerse unos momentos? —pregunté a Kessa.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Entonces dije:

—¡Cuidado! ¡Agárrese fuerte! —y la solté.

A fuerza de puños, me icé hasta el borde mismo del cilindro, cuyas paredes tendrían un grosor de unos veinticinco centímetros, suficiente para que un hombre pudiera poner sus plantas en él. Acaso éste hubiera vacilado al verse al borde de un abismo, pero los robots carecemos de un sentimiento típicamente humano, como es el vértigo. Sin dárseme, pues, un ardite de la distancia que me separaba del suelo, y que de ser recorrida en la forma que lo habían hecho los otros me enviaría directamente al depósito de chatarra, salvé en dos saltos la distancia que me separaba del ingeniero y de su hermana.

Me tumbé sobre el borde, alargando los brazos.

—¡Deme su mano! —grité a Mary, y ella, con los ojos llenos aún de miedo, alargó una muñeca, que tomé con mi mano derecha. Tiré hacia arriba.

Sesma-Lexell lanzó un profundo suspiro de alivio al verse aligerado de aquel peso. Sin necesidad de ayuda, trepó también hasta el borde, en donde lo dejé, sosteniendo a su hermana.

Luego repetí la misma labor con Kessa y me la llevé hasta el otro lado del cilindro, desde donde saltamos al resto de la plataforma que había quedado, justamente en el momento en que los primeros operarios asomaban la cabeza por la escalera. Kessa se dejó caer al suelo, sentada, tratando de reanimarse a sí misma, en tanto que el ingeniero lo hacía con Mary, la cual estaba, al borde del desmayo.

Sabiendo que estaban bien, ya no me preocupé de ellos. Un hombre corría hacía nosotros.

—¿Han sufrido algún daño? —gritó anheloso. Denegué con la cabeza. Luego inquirí:

—¿Y los otros?

El hombre lanzó un juramento.

—¿Qué diablos espera que les haya ocurrido habiendo caído desde esta altura? —gruñó el individuo—. Estarán hechos trizas; no cabe la menor duda. ¡Maldición! —agregó—. ¿Es que hay brujas en esta condenada obra?

Aquello alertó mis circuitos. Me acerqué al tipo, el cual, como todos los demás, ignoraba mi condición robótica, suponiéndome humano como él.

—¿A qué se refiere usted con esa mención de las brujas, amigo? —pregunté.

—A que las hay —me contestó, soltando un escupitajo, pues en la prisa por venir a auxiliarnos había acudido desprovisto de su termotraje—. Sí señor, a fe de Sammy Peckle, hay brujas, duendes o como se quiera llamar en este condenado proyecto que no nos deja seguir adelante en paz.

—Amigo Peckle —dije, adoptando un aire incrédulo—, eso de las brujas pasó a la historia. Aquí no hay otra cosa que el hundimiento de la plataforma, que ha costado la vida de tres hombres. Todo lo demás...

Sammy hizo entonces una cosa un tanto extraña,

Mirando precautoriamente en torno suyo, se me acercó y bajó la voz.

—Usted es amigo de la señorita Blanc, ¿verdad?

—¿Y quién no? —sonreí.

—Pues entonces dígale que ande con mucho cuidado. Hoy han ido a por ella, y gracias a usted ha podido salvar su lindo pellejo. Pero otra vez quizá no tenga tanta suerte y ese granuja que está empeñado en aguarnos la fiesta tal vez consiga sus propósitos.

Lancé un silbido muy bajo, con el cual quería expresar mi admiración.

—¡Vaya notición, Sammy!—dije.

—Y eso no es sino la décima parte de lo que sé, compadre. Si yo hablara... Usted me ha sido simpático, amigo...

—Kabé, Sammy; llámeme Kabé.

—Gracias, Kabé. Eres un tipo estupendo. Pues sí, como decía, aquí ocurren cosas muy raras y misteriosas que... Si yo hablara —dijo con suficiencia.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Quién te lo impide?

El pulgar de Sammy señaló a sus espaldas.

—Hay aquí mucho barullo, amigo Kabé. Vivo en el bloque D. número cinco. ¿Por qué no vienes a verme después del trabajo? Echaremos una copa y charlaremos un rato de todo esto que está ocurriendo aquí, ¿eh?

Moví la cabeza de arriba abajo.

—De acuerdo, Sammy. Iré a verte a la noche.

—Hay mucha tela que cortar, amigo. Hay quien se cree muy listo y nos toma por tontos, pero uno es de los que suelen tener bien abiertos los ojos y los oídos y cerrada la boca... hasta que conviene ¿Me entiendes? —concluyó guiñándome un ojo con aire de complicidad.

—Okay, Sammy. A la noche, después del trabajo.

Separándome del individuo, cuyo aspecto, a decir verdad, me había, agradado bastante, me acerqué adonde estaban Kessa, el ingeniero y su hermana, rodeados por un numeroso grupo de operarios, que los atendían. Disolví la reunión como por arte de magia con unas simples palabras, que provocaron una desbandada general:

—¿Quieren ustedes provocar el hundimiento de lo que resta de la plataforma?

Aquello bastó para que nos quedáramos solos los cuatro en un instante. Dije:

—¡Vámonos! Tiempo tendremos de hablar en lugar más seguro que éste.

Mis acompañantes asintieron. Cuando llegamos abajo, tres parejas retiraban en unas angarillas unos cuerpos cubiertos por sendas sábanas, cuyo significado estaba bien patente. Kessa volvió el rostro

para no ver aquello, y en cuanto a María, sólo el brazo de su hermano evitó que se desplomase.

En el colosal campamento que albergaba todas las edificaciones del Proyecto-T había una especie de hotel para alojar eventuales visitantes, como éramos nosotros, y cuya instalación, si bien sencilla, no carecía de las más elementales comodidades. El ingeniero estuvo hablando un buen rato con el ayudante del desgraciado Strasser, cuyo puesto iba a ocupar por el momento, dándole instrucciones para la continuación de los trabajos, y luego volvió hacia nosotros.

Estábamos sentados en un rincón del pequeño vestíbulo del hotel, cuyo techo era una enorme cúpula transparente de plástico, que aislaba perfectamente el interior de las bajísimas temperaturas reinantes fuera de los muros que nos protegían. A través del amplio ventanal junto ni cual nos habíamos situado, podíamos ver las primeras rachas de copos de una nevada que, a juzgar por las apariencias, se presagiaba tan copiosa como tempestuosa.

—He encargado al ayudante del desgraciado Strasser, Maceo, una investigación acerca de las posibles causas del accidente —dijo Sesma-Lexell apenas se hubo sentado a nuestro lado. Se puso en su taza un buen chorro de café y continuó—: No hay la menor duda de que todo ha sido premeditado, aguardando únicamente nuestra llegada para que se produjera el accidente.

—¿Pero por qué? ¿Quién puede tener interés en…? —preguntó Kessa, angustiada.

Sesma-Lexell se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero, ¿no les parece demasiada coincidencia el que el accidente se produjera apenas llegados nosotros a la plataforma?

—Strasser y los operarios estaban también arriba —objetó la chica.

—Tanto peor para ellos —contestó fríamente el ingeniero—. Al asesino le preocupan poco las vidas humanas, sean de quien sean, con tal de conseguir sus criminales propósitos. Que en este caso —añadió —, no eran otros que suprimirla a usted, señorita Blanc.

—¡Oh! —exclamó la chica turbada—. ¿Está seguro?

El ingeniero asintió.

—Querían suprimirla a usted y a mí —dijo.

—Pero sin usted no pueden hacer nada.

—¡Ya lo creo! En los primeros tiempos, cuando se inició nuestro proyecto, yo vivía seguro, aun sin saber entonces que el cliente del amigo Penrod tenía interés en desbaratar nuestra empresa. Pero ahora que ya todo el mundo sabe lo que tiene que hacer, cuándo ya todos los planos y trabajos han alcanzado un grado de desarrollo tal que el secreto inicial de mi invento ha tenido que desaparecer forzosamente, mi vida no vale un pimiento. Si yo muero, otro seguirá adelante. Y si éste continúa de acuerdo con la EMMCI, también morirá… hasta que al fin la EMMCI acabe por doblegarse a las exigencias de ese criminal.

—¡Pero… eso es monstruoso, absurdo! —se quejó Kessa.

—Mas cierto, sin embargo. Y de ello, después de la experiencia vivida por nosotros mismos, no puede cabernos la menor duda.

Tras estas últimas palabras del ingeniero, hubo un momento de silencio, que fue roto por la voz de Kessa al hacerme una pregunta.

—¿Tú también opinas lo mismo, Kabé?

Afirmé con la palabra y el gesto.

—Cierto. Y a la noche todavía sabremos más. Tengo que sostener una entrevista con cierto individuo que me ha prometido revelarme algunos detalles, según él sensacionales.

Sesma-Lexell aguzó el oído al escuchar mis palabras.

—¿Qué dices, Kabé? ¿Es cierto?

—Sí. Sammy Peckle me ha prometido hacer ciertas revelaciones que cree nos darán mucha luz en este asunto.

—¿Y por qué no se lo dijo ya?

—Había mucha gente allá arriba, que fue donde me habló. Quiso que fuera a verle yo solo, sin que nadie sospechara de nosotros ni pudiera entremeterse en nuestra conversación.

—¿Cree que sacará algo de la entrevista con el tal Peckle? —preguntó anhelosamente Kessa.

—Espero que sí —contesté—. De otro modo, ¿por qué iba a escudarse detrás de tantas precauciones? Habló primero de que había brujas en este condenado proyecto —fueron sus palabras—, y luego dijo que el

aguafiestas tenía intenciones de seguir adelante. No pude sacarle más… pero espero hacerle soltar luego todo lo que sabe.

Sesma-Lexell chasqueó los dedos excitadamente.

—Eso es muy interesante —dijo—. Y yo iré contigo, Kabé.

—No —dije con firmeza.

—¿Por qué? —gruñó el ingeniero, arrugando el entrecejo.

—Peckle dijo que yo, sin saber que soy un robot, le había caído en gracia y que le era muy simpático. Acaso, si le ve a usted, nos empiece a hablar de la nieve que está cayendo, y, la verdad, hablar de la nieve en el Polo es tanto como hablar de la arena en un playa de Miami.

—Comprendo —murmuró el ingeniero, disgustado—. No obstante, yo lo decía por si mi presencia…

—Su presencia acaso fuera contraproducente, jefe —le interrumpí—. Créame, será mejor que vaya yo solo. No sé por qué Sammy se franqueó conmigo; acaso—sonreí—, me vio cara de buena persona. Y quiero seguir dándole esa impresión. Compraré una botella de buen «whisky» y con este cebo, si no le desato la lengua, es que yo no sé tratar a los humanos.

—A veces me pregunto si tú mismo no serás uno de nosotros —dijo Sesma-Lexell, con admiración mal disimulada.

—Soy una obra humana, que no es lo mismo. De todas formas, gracias por el elogio, jefe. Y ahora, si me permiten una sugerencia, lo mejor sería que las damas se retirasen a descansar, y usted mismo también. No creo que después de lo ocurrido tengan muchas ganas de cenar, ¿verdad?

María dijo que no con un significativo movimiento de cabeza. La pobre estaba hecha polvo, y constantemente se apoyaba en el hombro de su hermano, como suplicándole su protección. Kessa, por el contrario, aun conservando en su lindo rostro buena parte de la impresión que le había causado el desagradable incidente, tenía mucho mejor aspecto, aunque, desde luego, también sentía la necesidad de descansar, después de lo ocurrido, y tratar de olvidarlo en parte.

En tanto que pasaba el tiempo, me quedé allí, en el «hall», solo, observando el grisáceo panorama, casi todo él oculto por los espejos

copos, de nieve que caían de modo incesante en la tormenta que se había formado, limitando la visión a un alcance muy reducido. El termómetro que había en la parte exterior del ventanal, señalaba los —45°, y esto, a pesar de que nos hallábamos en la primavera polar, en camino hacia el verano. Una temperatura ideal… para estar bañándose en las playas de Hawaii, pensé.

Permanecí un buen rato sentado, quieto, tratando de ajustar a mis circuitos memorísticos todo cuanto había presenciado, al mismo tiempo que extraía de ellos todos cuantos detalles podían tener alguna relación con el caso que me ocupaba. Al fin llegó la noche, palabra inexacta, puesto que el día, en el Polo, era largo ya, muy cercano de la época en que duraba seis meses. Prácticamente, no era tal, sino un interminable crepúsculo, cuyos tonos plomizos no contribuían, precisamente, a alegrar el ánimo.

Al fin, habiendo llegado el momento, me levanté, dirigiéndome hacia el vestuario, en donde empecé a colocarme el termotraje. Estaba ajustándome los últimos cierres, cuando de repente noté que crujía algo en uno de sus bolsillos.

Curioso, hurgué en aquel lugar, extrayendo un papelito que desdoblé, leyendo lo que allí había escrito. Solté un bufido de desprecio al enterarme de su melodramático contenido.

«Kabé, ¿verdad que no te gustaría ir a parar a la chatarra?»

El mensaje, por supuesto sin firma, no decía más. Pero era suficiente.

.—¡Qué estúpido! —farfullé para mis circuitos.

Y luego, sin más, guardando previsoramente el papelito, como posible prueba acusatoria, que podría salir a relucir algún día, me encaminé al bar del hotel, en donde adquirí una botella de la mejor marca de «whisky».

Con ella en la mano, y habiendo dado al termostato de mi traje la temperatura necesaria, salí al exterior.

Apenas lo había hecho, una violenta ráfaga de aire, llena de miles de copos de nieve, me azotó de, arriba abajo, envolviéndome en sus gélidos dedos. Tan de sorpresa me tomó, que estuvo a punto de

tirarme patas arriba, pero, afirmando los pies en el helado suelo, emprendí la marcha.

Me costó bastante hallar la vivienda de Peckle. El conjunto de barracones donde vivían los operarios, formaba un poblado de regulares dimensiones, en el trazado topográfico a base de cuadrículas de idéntico tamaño, lo cual hubiera hecho muy difícil el reconocimiento del lugar donde vivía Peckle, a no ser porque los números y las letras que indicaban el asentamiento de cada habitación estaban iluminados por una lamparita fosforescente, que disipaba en buena parte las grises tinieblas en que se hallaba envuelto el lugar de continuo.

Llamé a la puerta, sin recibir la menor contestación.

Aquello me extrañó. Sammy parecía haber sido sincero conmigo. ¿Por qué, pues, no respondía a mis apelaciones?

Volví a insistir, sin obtener tampoco respuesta. Vacilé unos segundos acerca de la norma de conducta a seguir y, de pronto, me di cuenta de un detalle.

La casita en que vivía Sammy estaba situada en extremo del poblado, y su parte trasera daba «campo», es decir, que no tenía ningún otro barracón adyacente por aquella parte, pensé que acaso estaría dormido, y di media vuelta al minúsculo edificio, con el fin de llamar por la ventana trasera, que yo suponía debía tener.

Efectivamente, había una ventana en la parte posterior, y estaba abierta de par en par. Por ella penetraba la nieve en abundancia, y ya había cubierto casi completamente el inmóvil cuerpo de Sammy, tendido en el centro de la habitación que servía de dormitorio, en una forma tal qué no dejaba mucho lugar a la duda acerca de la suerte que había corrido.

CAPÍTULO V

El asesino era muy hábil. Nadie podría decir que Sammy había muerto violentamente, sino por sus propias culpas.

El desgraciado estaba tendido en el centro de la habitación, en pijama, casi cubierto por la nieve, cómo he dicho, teniendo cogida por el gollete una botella de «whisky», en la que apenas si quedaban unas gotas en el fondo. Un sistema de matar a la gente muy ingenioso, especialmente en aquellas latitudes.

Le habían dado un golpe para atontarle, después de lo cual habían esparcido el licor sobre su cuerpo. Todo el mundo creería que Sammy se habla embriagado y que, no sabiendo lo que se hacía, había abierto la ventana, sin duda a causa del calor interno que le había proporcionado el «whisky». Después, habría perdido el conocimiento, y un cuarto de hora de exposición a aquella terrible temperatura, sin otra protección que la liviana tela del pijama, era suficiente para matarlo, con la misma seguridad que lo hubiera hecho el más afilado de los cuchillos o la más certera bala.

El rostro del pobre Sammy estaba azul a causa del frío, y su cuerpo tenía la rigidez de una tabla, completamente helado. Tanto, que cuando traté de levantarle la cabeza para palparle la nuca y confirmar así mi teoría del golpe que lo había desvanecido, el cuello crujió siniestramente, amenazando partirse como si fuera de frágil vidrio.

Pero habían bastado aquellos pocos segundos para que mi hipótesis se hubiera convertido en desagradable certeza. Las cosas habían ocurrido tal y como yo las había supuesto, y el pobre Sammy había emprendido el tránsito final de todo humano sin enterarse apenas de lo que le había sucedido.

Durante unos momentos permanecí en pie, tratando de adivinar quién había podido ser su asesino. Con toda seguridad, alguno de los que subieron a la torre tras el accidente, y que nos vio hablando a Sammy y a mí. En determinado momento, el infeliz, cuando me citó en su domicilio, había acercado su rostro hasta el mío, con objeto de que nadie más que yo oyera sus palabras, y aquella actitud confidencial debía haber levantado sospechas en el ánimo del asesino, que no podía ser otro que quien preparara la mortífera trampa de la plataforma que tan a punto había estado de acabar con todos nosotros.

Era evidente, pues, que el cliente de Penrod tenía más cómplices en la base que la EMMCI había instalado en el Polo. Ahora bien, ¿cuál de ellos había sido? Yo no me había fijado en los que atendían a las chicas y al ingeniero después del hundimiento de la plataforma. De lo contrario, mi memoria fotográfica hubiera grabado en el circuito memorístico correspondiente todos los, rostros de los interesados, y aunque hubiera sido una labor fatigosa, habría acabado por separar a

cuantos estuvieron en lo alto de la torre. Luego, hubiera venido el interrogatorio y…

No había nada que hacer por aquel lado. Aunque se citara a aquéllos individuos, estaba demasiado claro que, como había sido en un momento de confusión, el tipo que se cargó a Sammy y que nos había visto hablar, no comparecería. Y. además, también cabía la posibilidad de que no hubiera sido uno de los de arriba, sino alguien que quedó en la base de la construcción, con lo cual el problema se complicaba aún más, hasta el punto de llegar a su insolubilidad.

Refrigerando mis válvulas, pues se me recalentaban a causa de la rabia que sentía, hube de decidir que allí ya no tenía nada que hacer. No obstante, revisé la habitación, por ver si encontraba algo que me pudiera dar una pista, por pequeña que fuera, sin que mis esfuerzos dieran el fruto apetecido. Es decir, supe que el asesino había registrado metódicamente todo el barracón, aunque, eso sí, con infinito cuidado, procurando no dejar la menor huella de su paso en aquel lugar.

Despechado, lleno de un íntimo sentimiento de fracaso, salí por el mismo lugar que habla entrado. En la nieve, que había rodeado el helado cuerpo del desgraciado Sammy, quedaron mis huellas, pero esto no me preocupó, pues la nieve que continuaba cayendo, y penetrando por la ventana, pronto se encargaría de borrarlas. La encuesta que seguiría demostraría ineluctablemente que Sammy había muerto de frío a consecuencia de su borrachera; luego se le enterraría… y ¡aquí no ha pasado nada! Ya veía frotarse las manos de gusto al asesino; pensamiento que no servía precisamente para mejorar mi humor.

Regresé al hotel y me senté de nuevo junto a aquel ventanal, en el cual pasé el período de descanso, hasta que, a la hora del desayuno, bajaron todos al comedor. Me reuní con ellos y no me entretuve mucho en hacerles perder el apetito contándoles lo ocurrido.

—¡Cielos! —exclamó Kessa, a punto de romper en sollozos—. Kabé, ¿he oído bien?

—Desgraciadamente, si, señorita Blanc —dije—. Sammy está muerto y, bien muerto. El cliente de Penrod sabe hacer muy bien las cosas y no es de los tipos que dejan los cabos sueltos. Si Sammy era uno de éstos, no cabe la menor duda de que ahora está atado definitivamente.

Kessa miró al ingeniero, suplicante.

—¿Qué haremos ahora, Fred? — preguntó.

Sesma-Lexell tomó un sorbo de café, con aire pesimista.

—No lo sé. Cada vez encuentro todo esto más confuso y... a veces pienso si no sería mejor abandonar y rendirnos.

—Hace mucho tiempo que te lo vengo diciendo, Fred —dijo quejumbrosamente Mary—. Desde que se empezaron a torcer las cosas, vi que todo podía acabar mal si no cedíamos. Y acabaremos, de ello no me cabe la menor duda.

—No debe ser tan pesimista, Mary —la animó Kessa—. Eso es lo que el asesino pretende, que nos entreguemos como si fuéramos unos mansos corderos. Pero, en lo que a mí respecta, ¡yo no pienso acceder jamás a sus pretensiones! Seguiré adelante, aunque no sea más que para hacer justicia. Las muertes de mis empleados no pueden quedar impunes, y me avergonzaría para siempre si adoptase la cómoda postura de acceder a sus pretensiones, pactando sobre la sangre de los muertos.

—Pero es que puede morir más gente, Kessa —dijo el ingeniero, abatidísimo—. ¿Por qué no ceder ahora, cuando aún estamos a tiempo de evitar mayores males?

—No diga eso, por favor —exclamó impaciente la joven—. Fred, usted es libre de hacer lo que quiera; no seré yo la que le detenga. Pero si ese canalla asesino ha creído intimidarme con sus criminales actos, está muy equivocado. Cueste lo que cueste, seguiré adelante.

Mary bajó la cabeza.

—Yo me retiro —dijo—. Kessa, le ruego me perdone, pero carezco de su espíritu de lucha. No lo puedo remediar, ¿qué voy a hacerle?

Kessa palmeó afectuosamente la mano de la muchacha.

—No la reprocho por ello —dijo—. Es usted libre de hacer lo que le parezca, Mary, y desde ahora le digo que cuando todo esté concluido, puede volver a la EMMCI, donde siempre se le guardará un puesto vacante.

Kessa calló un momento y luego miró al ingeniero, de una manera un poco diferente a la que un superior emplea para mirar a quien esta a sueldo suyo.

—¿Y usted, Fred? ¿También se retira?

El interpelado suspiró.

—Tampoco yo carezco de orgullo, Kessa —dijo—. Debiera hacerlo, pero no puedo. ¡Rayos!, estoy tan interesado como usted en que se descubra todo el pastel y que mi invento pueda funcionar sin más obstáculos. Haga lo que haga, estaré a su lado. Lo siento, Mary —se dirigió a su hermana— pero obro de la única manera que creo, si no muy sensata, sí satisfactoria de mi hombría.

—Haz lo que quieras, Fred —dijo la muchacha con voz apagada—; todas mis palabras serían inútiles para hacerte desistir.

—Bien —dijo entonces Kessa—, ya solo me falta oír la opinión de nuestro investigador. Kabé, ¿qué opinas que debemos hacer?

Mi respuesta estaba meditada ya hacía bastante tiempo.

—Lo primero de todo —dije—, suspender los trabajos en el sector terrestre.

Los dejé fríos, sin habla. Tardaron un poco en reaccionar, pero cuando lo hicieron, estallaron.

—¿Como? ¿Qué has dicho, Kabé?

—¿Suspender los trabajos?

—¡Es una locura, Kabé!

—¿Y qué haríamos de los operarios?

—Envíenlos a sus casas, dejando aquí únicamente unos cuantos, de la mas absoluta confianza, para que vigilen las instalaciones —repuse.

—Pero no podernos despedirlos —arguyo Sesma-Lexell—. Los contratos…

—Páguenles sus salarios como si estuvieran trabajando. Así podrán disponer de ellos para el momento en que la labor pueda reanudarse.

—Nos costará una verdadera fortuna —gimió el ingeniero.

—Le costará a la EMMCI —le corregí—. Aquí, de todas formas, no tenemos ya nada que hacer, porque nada más de importancia podríamos averiguar. Hagan lo que les digo, dejen a Maceo con una o

dos docenas de hombres, manden a los otros a casita... y luego, vayamos a investigar el lado lunar del proyecto.

—Kabé —preguntó Kessa—, ¿qué esperas ver allí que se diferencie de esto?

Mi respuesta no carecía de humor.

—Pues... sencillamente, que si alguien sabotea la plataforma, caeremos seis veces más despacio que en la Tierra.

Convencí a mi recalcitrante auditorio, y una semana más tarde transbordábamos del cohete Tierra-Base Orbital a la nave Base Orbital-Luna, con objeto de trasladamos hasta el satélite. Sólo íbamos los tres como única representación de la EMMCI, a cuyo Consejo de Administración habíamos dado cuenta de los hechos últimamente sucedidos, cosa que no había contribuido precisamente a mejorar el estado de ánimo de los consejeros.

Al pasar de la Base Orbital a la astronave, nos encontramos, ¡oh, casualidad!, con un tipo que nos dedicó, junto con un versallesco saludo, la mejor de sus sonrisas.

* * *

Sin embargo, Kelvin Penrod no se nos acercó hasta que la nave estuvo en órbita libre y pudimos deshacernos de las siempre molestas ligaduras de seguridad.

Cualquiera otro humano hubiera hecho el ridículo al venir hacia nosotros, flotando de aquella manera en el espacio sin gravedad del interior de la astronave, pero Penrod parecía hallarse tan a gusto como en el más pulido de los cortesanos salones del siglo XVIII, y su sonrisa continuaba iluminando su rostro de manera tan continua como insolente. Pero, en conjunto, resultaba un humano del género masculino, del tipo que vuelve tontas a las mujeres, sin molestarse en proponérselo. No obstante, aquella dureza en la expresión de su mirada seguía sin gustarme.

Inclinó levemente la cabeza al hallarse frente a Kessa.

—No sabe cuánto celebro la coincidencia de viajar en la misma nave

—dijo—. Presumo que llevamos el mismo destino, ¿no es así?

—Eso parece —contestó la muchacha secamente, volviendo la faz.

—Señor Penrod —dijo el ingeniero—, ¿no tiene nada que hacer en otro lugar de la nave? Me gustaría comprendiese que su presencia junto a nosotros no hace más que provocarnos, cierto disgusto, que no podemos ocultar, por muy buena voluntad que pongamos en ello.

—En este mundo es necesario tener una pequeña dosis de paciencia para convivir con las personas que nos desagradan. De lo contrario —siguió tan fresco el individuo—, cada terrestre precisaría una isla desierta para sí.

—Acabemos de una vez —dijo Kessa, procurando dominar el enojo que, subiéndosele al rostro, la hacía parecer más bonita aún si ello era posible—. Diga de una vez lo que tiene que decir y luego márchese de aquí.

Penrod asintió.

—Puesto que así lo quiere... En verdad, lo que tengo que decirle es ya sabido, de modo que, ¿a qué repetirlo?

—Y como usted, conoce mi respuesta —le plagió Kessa—, ¿a qué repetirla?

Penrod se echó a reír.

—Tiene usted un humor magnífico, señorita Blanc, y realmente se lo envidio. Como también envidio al hombre que consiga conquistar su corazoncito, esa víscera que ahora está repleta, de acciones y demás zarandajas en las que una mujer jamás debería pensar.

—¡Pienso en lo que me da la gana! —gritó Kessa, muy fastidiada—. ¿Por qué no se va y nos deja en paz de una vez?

—Eso es —asintió hoscamente el ingeniero—. Penrod, si le queda un mínimo de decencia; cosa que dudo mucho, hará bien en largarse de aquí, antes de que...

El ingeniero se detuvo, dejando flotar en el aire la amenaza.

—Antes... ¿de qué, señor Sesma-Lexell? —replicó Penrod, sin abandonar su sonrisa por un momento.

Pero sus ojos habían adquirido de pronto un brillo singular y, durante

un largo segundo, las miradas de los dos hombres se cruzaron como si hubieran sido dos espadas del más fino acero toledano.

El ingeniero apretó los puños.

—Estamos en presencia de una dama y no me gustaría dar un espectáculo. No sé si me habrá entendido, señor Penrod.

—Déjelo, Fred —intervino la joven, tratando de calmar los ánimos—. No vale la pena. Permitiremos que el señor Penrod haga nuevamente su exposición, y luego que se vaya.

—¿Será capaz de escuchar a un asesino, Kessa? —exclamó el ingeniero.

—No soy ningún asesino —dijo Penrod—; y, si vuelve a insultarme de ese modo, le demandaré por difamación, señor Sesma-Lexell; téngalo muy en cuenta.

Fred palideció de rabia.

—Encima de todo lo que he tenido que soportar, ¿he de aguantar aún a éste hombre, Kessa? ¿A un hombre que no ha dudado en provocar grandes accidentes, que han costado la vida de varios de nuestros semejantes, con tal de conseguir sus turbios propósitos? ¿A un hombre, en suma, que es capaz de cualquier cosa, por dinero, como por ejemplo, esconder la identidad de su presunto cliente?

—¡Alto ahí! —exclamó Penrod—. No quiero entrar en discusión sobre los accidentes que ha sufrido la EMMCI. Habría que perder mucho tiempo hablando de ello, y yo lo único que quiero es saber su respuesta, señorita Blanc, acerca de mi proposición.

—Le diré siempre que no, señor Penrod —contestó ella enérgicamente —. Y, además, puede transmitírselo a su cliente, ¿me ha entendido?, o sea cual sea ese canalla que no se atreve a dar la cara y que...

Una sonrisa de conmiseración apareció en el rostro de Penrod.

—Veo que no me va a quedar otro remedio que destapar la máscara que cubre el rostro de mi cliente. Quería mantenerlo en el mayor secreto, pero acaso ello sirva para un mayor entendimiento entre las dos partes.

Kessa, sin poderse contener, adelantó con vehemencia el gallardo busto.

—¡Dígalo, dígalo, señor Penrod! ¡Quiero saber de una vez el nombre de ese malvado!

—Ese malvado no es un hombre, sino una entidad —sonrió con toda frescura Penrod—. Una entidad denominada Penrodian Cattle & Minning Company, Limited.

Hubo un instante de silencio, seguido por una estruendosa explosión de cólera de la joven.

—¿Qué? ¿Cómo dice, Penrod? ¿Es que quiere burlarse de nosotros? ¿Qué tiene que ver una compañía ganadera con…?

—Un momento, un momento —dijo él, adelantando las manos con las palmas abiertas, como si quisiera parar unos hipotéticos golpes—. Es cierto que la «Penrodian» es una compañía ganadera, pero también tiene intereses en minas. Lo de «Cattle», referente al ganado, es una romántica reminiscencia de los tiempos de su fundación, hace tres siglos, cuando mi abuelo era un simple vaquero en Tejas. El hijo de éste descubrió una mina de oro, y de ahí vino la fusión de las dos actividades. Ahora apenas si nos quedan un par de ranchos, en donde únicamente criamos caballos de silla.

Kessa se dejó caer hacia atrás en la butaca, muda por la estupefacción.

—¿Entonces… —balbució—, usted es… es su propio cliente?

Penrod asintió. sonriente.

—Así es, señorita Blanc.

Kessa recobró de pronto las energías perdidas.

—¿Y por qué? ¿Qué interés puede tener en formar parte de la EMMCI? ¿No podría haber, entablado negociaciones por vía ordinaria, en lugar de recurrir al terror, entre mis empleados?

—Está completamente equivocada, señorita Blanc. Que yo sepa, ningún empleado de la «Penrodian» ha cometido ningún acto delictivo contra la EMMCI. Al menos con mi consentimiento.

—Pero no le habría disgustado, ¿verdad?

Penrod sacudió vigorosamente la cabeza,

—No es ese el método que un Penrod emplea para combatir, señorita. Jamás se me habría ocurrido la idea de recurrir a unos métodos tan

viles y rastreros.

—Los hechos demuestran todo lo contrario —repuso Kessa fríamente —. Y bien, ¿qué motivos tiene usted para querer formar parte de la EMMCI, señor Penrod?

Una fina sonrisa jugueteó en los labios del joven. Luego, de manera sorprendente, dijo:

—Usted, señorita Blanc. —Y repitió—: Usted, cuyo apellido pienso cambiar, mediante el oportuno matrimonio, por el de Penrod.

Los colores subieron, en vivísima catarata, al rostro de la muchacha, la cual, ante las palabras de Penrod quedó estupefacta, sin ánimos siquiera para hablar. Pero, en su lugar el ingeniero, perdidos los estribos, soltó un bramido de cólera y disparó su puño.

Cogido por sorpresa, Penrod reculo de manera flotante, hasta chocar contra el mamparo opuesto. Sesma-Lexell se hubiera arrojado sobre él, si yo no le hubiera contenido prudentemente.

—¡Déjelo, jefe! —dije—. Ya tiene bastante por hoy.

—No le he dado ni la milésima parte de lo que se merece por su insolencia —masculló el ingeniero.

—Ya tendrá ocasión, descuide — murmuré.

Y luego procuré, mediante mis buenos oficios, hacer que Penrod desapareciera de allí.

No lo vimos más hasta el momento del desembarque, pero entonces ni nos dirigió la palabra.

CAPÍTULO VI

Nuestro cohete aterrizó muy cerca del borde del Mar de la Serenidad, casi al pie mismo de la imponente cordillera del Cáucaso, cuyas cimas se elevaban a seis mil metros sobre el nivel de la llanura circundante, brillantemente, iluminadas entonces por los violentos rayos de un sol que había salido dos días antes. Una vez más admiré el esplendente

paisaje de nuestro satélite, cuyos, accidentes geográficos proporcionaban al viajero una visión de singular belleza y, durante unos momentos, los tres permanecimos estáticos, en silencio, lo mismo que muchos otros viajeros, los cuales era la primera vez que viajaban a través del espacio hasta el satélite.

Kelvin Penrod pasó por delante de nosotros, sin dirigirnos la palabra, pero sin que su expresión dejara ver nada de los sentimientos que se agitaban en su interior. Tomó un helidisco, que debía estar aguardándole ya, previamente advertido, en el espaciopuerto, y desapareció rápidamente de nuestra vista, no sin que a mis circuitos visuales se hubiera escapado la singular mirada que había arrojado a la joven al pasar.

Kessa volvió el rostro hasta que se hubo alejado nuestro rival. Mientras, yo toqué con el codo el costado del ingeniero.

—¡Cuidado, jefe! —le advertí—. Como se descuide se la van a pisar.

Sesma-Lexell me contestó con un bufido. Yo cargué con el equipaje y, convertido en un maletero, salimos del astropuerto, encaminándonos, sobre una cinta deslizante hacia la estación del monorriel.

Cáucaso City era un próspero conjunto de edificaciones, todas ellas hechas a base de la consabida cúpula transparente, bajo la cual se hallaban las viviendas de aquella ciudad. Las cúpulas solían ser iguales, de forma redonda, enlazadas entre sí por túneles de corta longitud, también transparentes, y que permitían la «estanqueidad» de cada una de ellas, en el caso, improbable, de que un meteorito de gran tamaño perforase el plástico semiesférico que componía el «tejado» de aquellas colmenas. Entonces, al sonar la alarma, se dispararían automáticamente los mecanismos de cierre, aislando la cúpula agujereada de las demás.

Pero éste era un riesgo mínimo. En realidad, para que tal cosa pudiera considerarse como una catástrofe, se requería que el meteorito fuera de un tamaño no corriente, que causara un gran orificio por el cual el aire pudiera escaparse de modo instantáneo. Aun así, y en tal caso, el vacío, dado el gran tamaño de la colmena, tardaría en producirse tres o cuatro minutos, tiempo más que suficiente para que todo el mundo pudiera refugiarse en el edificio más cercano, cuya «estanqueidad» era obligatoria en su construcción. Por esta parte, pues, no había peligro, ya que parecía haber pasado el tiempo de la caída de los enormes meteoritos que, según parece, han causado los grandes cráteres de nuestro satélite, cosa que prueba el hecho que desde que el hombre

conoce, no solamente la astronáutica, sino desde que Galileo inventó su primer telescopio, no se haya visto surgir un cráter nuevo en la atormentada superficie de Febe.

La estación del monorriel que nos iba a transportar a Lowell Corner, centro urbano situado en el Golfo del Centro y lugar más próximo a la base lunar del Proyecto-T, estaba situada también bajo una cúpula inmensa de plástico flexible, el cual no era sostenido por tirantes ni viguetas de ninguna clase, sino simplemente por la misma presión del aire de su interior. Fuera, en la parte superior, a sesenta y cinco metros de altura, un par de hombres parecían estar suspendidos en el vacío, paseándose sobre la cúpula con tranquilos andares, armados de sus detectores que informarían instantáneamente de cualquier diminuto orificio producido por algún meteorito de pequeño tamaño, cuyas minúsculas dimensiones eran incapaces de hacer funcionar la alarma contra los escapes de aire. Cuando encontraban uno de estos, colocaban un parche de plastina líquida, inmediatamente solidificada al salir de su tubo, y la avería quedaba arreglada en un santiamén.

Montamos en nuestro vagón, estanco como los otros tres que componían el tren. No tardó éste mucho en arrancar y pronto estuvimos fuera de Cáucaso City.

El tren aceleró su marcha sobre el monorriel, hasta alcanzar una velocidad de unos cuatrocientos kilómetros a la hora, facilitada por la ausencia de una atmósfera que produjera la menor resistencia a su avance, como así mismo por el menor rozamiento que era el deslizamiento sobre un sólo rail.

Primeramente viajamos bordeando los límites orientales del Mar de la Serenidad, hasta llegar al límite oeste de los Apeninos, cuyas cumbres, apenas visibles, brillaban como un inigualable conjunto de gemas centelleando en el espeso negro del cielo. La vía comenzó a ganar altura, remontando una pendiente que en nuestro planeta hubiera sido reputada como imposible y, tras dejar a nuestra izquierda a Sulpicius Gallus, nos lanzamos hacia abajo, en dirección al enorme circo que es más conocido por el Mar de los Vapores.

Manilius alzó su muralla casi circular hacia Occidente a una altura de 2.400 metros, en tanto que el tren, aprovechando la relativa llanura del Mar de los Vapores, alcanzaba el máximo de su velocidad, bordeando los quinientos a la hora. A 118 kilómetros de distancia, el horizonte se curvaba de forma harto visible contra el cielo estrellado, pero esta curvatura desapareció bien pronto cuando los primeros accidentes de borde austral del Mar de los Vapores se hicieron visibles

a lo lejos.

El tren redujo un poco su marcha al atravesar el trozo accidentado que separa el mar mencionado del Golfo del Centro. Ukert, un circo pequeño, de 23 km. de diámetro, quedó hacia el este, a nuestra derecha, en tanto que al oeste aparecía Triesnecker, otro cráter de poco más o menos el mismo tamaño que el anterior, y que apenas si merecería ser mencionado a no ser por las colosales grietas que se hallan muy cerca de sus límites occidentales y que, siendo de una inverosímil estrechez, alcanzan en cambio gigantescas profundidades. Después, el ferrocarril, sin reducir su marcha hasta hallarse a cortísima distancia de él, se precipitó hacia Rhaticus, un circo casi plano, de 40 km. de anchura, muy cerca del cual se hallaba Lowell Corner, otra gran aglomeración de cúpulas que constituía una ciudad enteramente terrestre dadas las cuarenta mil personas que allí vivían.

Podíamos haber empleado mucho menos tiempo utilizando uno de los helidiscos de la EMMCI, en lugar del ferrocarril, pero había sugerido el empleo de éste para mayor discreción y libertad de movimientos nuestros, cosa que en aquellos momentos convenía bastante. El tren se detuvo al fin, y el apearnos en el andén, tras cuatro horas de viaje, nos salió a recibir el ingeniero jefe del sector lunar del proyecto.

Tomás Cotanda era un paraguayo de mediana estatura, y aspecto vivo e inteligente. Saludó a sus huéspedes con cordialidad exenta de innecesarias efusiones y luego nos acompañó hasta el tractor estanco que tenía en uno de los aparcaderos internos de la estación.

Nos acomodamos en el interior del vehículo, y tras pedir el oportuno permiso a la esclusa de salida, Cotanda lanzó el vehículo por la llanura del Golfo del Centro, en dirección este.

Veinte kilómetros más allá, detuvo el tractor. Nos hallábamos en el segmento lunar del proyecto, en un todo idéntico al que ya conocíamos de la Tierra, salvo que allí, naturalmente, la «estanqueidad» de los habitáculos tenía que ser completamente rígida. Incluso la torre estaba envuelta en una colosal cápsula de plástico transparente, con objeto de permitir una mayor facilidad en el trabajo a los operarios que allí laboraban sin descanso.

Antes de ver nada, Cotanda nos condujo a su despacho, el cual se hallaba debajo de una cápsula que cobijaba todos los edificios directrices del proyecto. Colocó sobre una mesa sendas botellas con su correspondiente caña para sorber el líquido de su interior, y luego aguardó expectante.

—Le supongo enterado de lo ocurrido últimamente en el sector terrestre —empezó diciendo Kessa, y Cotanda asintió.

—Tiene suerte allá —dijo secamente Cotanda—. Tres muertos contra siete que hubo aquí.

—Sin que, por supuesto, se haya averiguado quién es el autor de esas muertes, ¿es así?

Cotanda movió la cabeza afirmativamente. Kessa insistió.

—¿No ha concebido sospechas acerca de nadie, señor Cotanda?

—No, a decir verdad. Todos los accidentes ocurrieron del modo más lógico posible, y a no ser por su insistencia, en repetirse, no hubieran podido achacarse sus causas a sabotaje.

—¿Cómo van los trabajos en este sector?

—Bien. Los terminaríamos a su debido tiempo si...

Cotanda se interrumpió. Sesma-Lexell le urgió para que continuara.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué no sigue?

El interpelado se frotó las manos nerviosamente.

—No me gusta lo que tengo que decir... —murmuró aprensivo.

—Vamos, dígalo —exclamó Kessa, muy impaciente—. No nos va a tener así toda la vida. ¿Qué ocurre?

Es una lástima que mis constructores hubieran omitido instalarme circuitos olfativos en mi «cuerpo». De lo contrario, el infeliz ingeniero todavía estaría con vida.

Cotanda quiso darse ánimos con un trago de la botella y se introdujo la caña en la boca, succionando el líquido. Beberlo de la forma corriente en un lugar de gravedad menos seis es siempre latoso por lo despacio que se hace y, habiendo aire, la presión hace que el líquido acuda a la boca en la misma forma que lo hace en la tierra. El paraguayo, pues, tomó un sorbo bastante largo, pero apenas lo había hecho cuando tosió de manera un tanto extraña.

La botella se le escapó de las manos. Resultaba ridículo verla caer lentamente al suelo, como si uno estuviera viendo pasar ante sus circuitos visuales un film al ralentí. Unas burbujas violáceas brotaron

de pronto de la boca de Cotanda.

Kessa palideció y lanzó un grito.

—¡Cotanda! ¿Qué le ocurre?

Los ojos del ingeniero giraron espantosamente en sus órbitas. Intentó gritar, pero no pudo. Sus dedos se engarfiaron con tetánicas sacudidas, en tanto que su cuerpo se agitaba de una manera verdaderamente espeluznante.

Sesma-Lexell quiso prestarle ayuda, pero ya era tarde. Con un suspiro agónico, Cotanda se desplomó muy lentamente hacia atrás, y antes de que su espalda tocara el sillón que tenía tras él ya sabía yo que había muerto.

Fue un momento de estupor el que nos acometió a los tres al ver a Cotanda muerto de forma tan instantánea. Kessa, palidísima, se hallaba al borde del colapso, en tanto que el ingeniero, quizá para reponerse de la enorme impresión que nos había causado la muerte de su ayudante, tomaba la botella de refresco, acercándosela a los labios.

Se la arrebaté de las manos.

—¡No beba! —dije perentoriamente, y Sesma-Lexell me miró de modo estúpido.

—Yo no puedo oler, pero usted sí —continué.

Y le acerqué bajo las narices la botella que, abandonada por el muerto, había llegado al fin al suelo. Como era de plástico no se había roto y el líquido había salido muy lentamente, por lo qué aún quedaban algunos restos en su interior.

Sesma-Lexell me miró despavorido.

—¡Cianuro! —dijo, con los pelos de punta o poco menos.

—No podía ser otra cosa —dije, conectando el circuito de la amargura —. Una muerte fulminante sólo puede ser causada por la ingestión de una buena dosis de ácido prúsico.

—En efecto —dijo el ingeniero—; el olor a almendras amargas es muy penetrante.

—Mire a ver si su botella también tiene veneno. Y la de la señorita — le sugerí.

Entonces fue cuando vi las cosas más raras y extrañas que nunca: la botella de Kessa no estaba intoxicada.

—No tiene veneno —dijo Sesma-Lexell con aire entre absorto y estúpido, como atontado por el inaudito suceso que acababa de ocurrir ante nosotros.

Carezco de los sentidos del gusto y olfato, que no me son necesarios para nada, pero en cambio poseo, y en muy alto grado, los de la vista, oído y tacto. Me acerqué al retorcido cuerpo de Cotanda y le puse la mano sobre el pecho.

El corazón había cesado de latir. No habla duda, pues, de su muerte.

—Llévese a la señorita a una habitación inmediata —dije, y el ingeniero, tomando del brazo a Kessa, obedeció.

Me acerqué al visófono y pedí comunicación con la Central de Policía. Mis circuitos mnemotécnicos me dijeron que eso era lo que correspondía hacer en casos como aquél, y muy pronto la fuerza de seguridad de Lowell Corner estuvo alertada.

Procurando no tocar nada de la estancia, hice una somera investigación de lo que allí había, sin que pudiera hallar nada que me ayudara a resolver el enigma que tan difícil era de descifrar. Procurando ocultar el despecho que me inspiraba mi fracaso, pasé a la habitación inmediata, donde Sesma-Lexell, muy próximo a la joven, trataba de darle ánimos.

El ingeniero me miró inquisitivamente. Moví la cabeza, oportunamente conectado el circuito del pesimismo.

—Lo siento —dije—; no he hallado nada que pueda constituir un indicio.

—¿Y hemos de seguir siempre así? ¿O hemos de abandonar la parada, Kabé? —preguntó de repente Kessa, con insospechada energía.

—No puedo dar una respuesta afirmativa a esa pregunta, señorita; no estoy en su pellej... Perdón, quise decir que sólo soy un sencillo robot que se limita a cumplir las órdenes de sus jefes humanos ayudándoles en toda la capacidad de sus válvulas y circuitos electrónicos, pero que, en cualquier caso, como el presente, está impedido, por su misma robótica condición, de tomar una decisión de importancia. Seguir adelante o izar bandera blanca es cosa suya, señorita Blanc... y de la EMMCI, naturalmente.

Mis palabras causaron una cierta impresión en la joven. Pero se repuso en seguida.

—Yo no pedí un robot adulador y servil al M.C.R., Kabé, sino un robot con capacidad de obrar por sí mismo si fuere necesario.

—Puedo hacerlo —repuse—. Por supuesto; pero como no soy accionista de la EMMCI tales decisiones me están vedadas por naturaleza.

—Sin embargo, Kabé, quisiera tu opinión —insistió ella.

—Haz lo que te dicen, Kabé —empujó Sesma-Lexell.

Durante un momento permanecí quieto, aislado de todo, escuchando únicamente los minúsculos ruidos que en el interior de mi cuerpo causaban los «relais» de contacto entre los diferentes circuitos, tratando de hallar, en mi archivo memorístico, algún caso similar al que se me estaba planteando. Pero muy pronto hube de llegar a una desoladora conclusión.

—No puedo afirmar nada en pro ni en contra del proyecto, señorita —repliqué a disgusto—. Recuerdo casos en cierto modo parecidos, en que las contrariedades han servido de acicate para el que las ha tenido que sufrir, y así le han llevado al triunfo. Pero también los hubo en que el interesado, al segundo fracaso, arrojó la esponja. Es usted, y sus accionistas, los que deben decidir.

Kessa acabó por comprender la lógica de mis argumentos. Alzó entonces la cabeza hacia Sesma-Lexell, quien continuaba de pie a su lado.

—Y usted, ¿qué me aconseja, Fred? —dijo ella, de modo suplicante.

El interpelado le tomó una mano.

—Solamente soy un pobre ingeniero sin otro capital que su cerebro, Kessa, y me gustaría poder hallarme a su nivel para decirle lo que ahora, en razón de las circunstancias, me está vedado. Abrigaba la esperanza de que, llevando a buen término el Proyecto-T, podría hallar la ocasión de expresar claramente cuáles son mis sentimientos hacia usted; pero ahora... —Sesma-Lexell suspiró melancólicamente y meneó la cabeza— mucho me temo que tenga que posponer indefinidamente...

Procurando ocultar el rubor que le producían las palabras del ingeniero, Kessa se puso en pie, tomándole ambas manos. (¡Diablo de humanos! En cuanto les pica el mosquito del amor se olvidan de uno que es un contento.)

—Oh, Fred —exclamó con el más tierno de sus acentos—, no diga eso, por favor. Usted hizo cuanto pudo y yo... yo... Bien —dijo, desviando la mirada, llena de miel—, haré también cuanto pueda para que su proyecto pase de la teoría a la realidad.

Los ojos de Sesma-Lexell brillaron de júbilo al oír aquellas palabras.

—¡Eso mismo es lo que yo quería proponerle, Kessa! Pero quería que usted adoptara la resolución por sí misma, sin injerencias extrañas. Me alegro de lo que ha dicho. Sí; seguiremos adelante, pese a todo y a todos.

El rostro de Kessa se transfiguró con una luz interior que me dijo bien a las claras cuál era su estado de ánimo en aquellos momentos. Pisaba sobre nubes, de modo que estoy seguro de que si entonces viene uno y le anuncia que en la Tierra han desembarcado los marcianos, se queda tan fresca. Pero, en fin, eso es cosa de humanos, y ¿quién se lo puede impedir? Lo pasan tan bien, ¡los pobres!

No tardó mucho en llegar la Policía, la cual hizo su reconocimiento rutinario, cosa que no es preciso describir porque es sabido de todos. Tomó fotografías por millares, hizo millares de preguntas y acabó casi como había entrado: sabiendo únicamente que el desgraciado Cotanda había muerto envenenado por la ingestión de una dosis más o menos elevada de ácido prúsico.

Cuando nos quedamos solos vi que ya había pasado bastante rato. Entonces les dije a aquella pareja de tórtolos que el hacerse el amor suele dar mucho mejor resultado con el estómago lleno, y ellos, bajando de su Olimpo, asintieron. Hice las gestiones necesarias para que se nos proporcionara un helidisco que nos trasladara a Lowell Corner, y aguardamos junto a la esclusa de salida.

Pero en lugar del disco llegó otra cosa muy diferente que no nos esperábamos: una multitud de operarios del segmento lunar de la EMMCI que, muda, silenciosa, pero con una actitud preñada de amenazas, se interpuso ante nosotros, en una actitud que no tenía nada de agradable para nosotros.

Alerté mis circuitos. Aquello empezaba a ponerse caliente.

CAPÍTULO VII

Como si fueran los representantes de aquella multitud, tres hombres se habían destacado con cierta antelación, introduciéndose en la cúpula-esclusa en donde nos aguardaba el helidisco, habiéndose despojado de sus cascos para poder hablar con normalidad con nosotros.

A través del gran mamparo transparente veíamos cinco o seis centenares de hombres, todos ellos vestidos con sus espaciotrajes, aguardando fuera, callados, inmóviles, en una actitud expectante que no parecía encerrar precisamente gratos augurios para nosotros.

El conductor del helidisco, prudentemente, se cerró a piedra y lodo en la carlinga. En casos como aquél es fácil saber cómo empiezan las cosas, pero es imposible prever su fin, y el hombre quería tener listo y expedito su camino por si venían mal dadas. No le reprocho su exceso de precauciones, aun sabiendo que, si arrancaba de súbito, morirían por falta de aire todos los que allí estaban.

Uno de los tres hombres se acercó a nosotros con un micrófono en la mano, colocándolo a tal distancia que cualquiera que fuera el que hablara de nosotros pudiera ser escuchado perfectamente por todos cuantos se hallaban en el exterior, quienes tenían conectadas las radios individuales de sus espaciotrajes. Por lo visto, y no dejaban de tener razón, querían hacer las cosas a la luz del sol, sin tapujos ni componendas.

—Me llamo Snitkin —dijo el tipo del micro—, y con mis compañeros Lavedan y Cramorin hemos sido delegados por el resto de los operarios para hablar con usted, señorita Blanc, y el ingeniero señor Sesma-Lexell.

—Muy bien —asintió la joven, algo pálida, pero manteniendo admirablemente su serenidad—; adelante, pues, Snitkin. ¿Qué es lo que tengo que oír?

—En primer lugar sabemos que el señor Cotanda ha muerto asesinado. Envenenado es la palabra exacta. Con ésta ya son ocho las muertes habidas en este sector del Proyecto-T. Las siete anteriores podrían achacarse a los accidentes propios en toda construcción, aunque sea tan disparatada como la que nos ocupa. Pero cuándo nuestro jefe inmediato, el señor Cotanda, muere por haberse tragado cosa de medio kilo de cianuro, la verdad, uno empieza a pensar si las otras siete muertes no habrán sido también intencionadas.

—¿Y bien? Estamos aquí para tratar de poner remedio a la cosa, Snitkin. Nosotros, es decir, yo, como representante con plenos poderes de la EMMCI…

Snitkin agitó la mano con desdén.

—No nos largue discos cuyo contenido nos sabemos ya de memoria, señorita Blanc. Lo único que nos interesa saber en estos momentos es:

¿Piensa la EMMCI seguir adelante con su proyecto? Conteste claramente sí o no; de antemano le advierto que rechazaremos toda otra respuesta.

Kessa vaciló visiblemente durante un segundo. Mis circuitos me advirtieron que, pese a las palabras cruzadas momentos antes con el ingeniero, no se había esperado nunca hallarse ante tal dilema. Pero no tardó mucho en dar la única respuesta que cabía.

Alzó orgullosamente la cabeza.

—Sí. Continuaremos los trabajos, Snitkin.

Al instante, y por un altavoz que, por lo visto, estaba conectado en la frecuencia de las radios individuales de los operarios, nos llegó un coro de «¡Búuuss…!», cuyo significado era harto elocuente. Snitkin alzó ambos brazos en actitud conciliadora y gritó:

—¡Calma, muchachos, calma! ¡Dejadme hablar a mí!

Luego miró de soslayo a la joven.

—¿Es ésa su última palabra, señorita Blanc?

—Diga mejor la única, Snitkin —contestó ella valerosamente.

El hombre sonrió de un modo extraño.

—Entonces, y lamentándolo mucho, señorita Blanc —dijo—, tendrá que hacerse la labor usted misma. Nosotros suspendemos los trabajos a partir de este momento… ¡y ya verá usted cómo se las apaña para continuar con el Proyecto-T!

La cólera, mal consejero, empezó a hervir en el pecho de Kessa.

—Haré traer otros operarios que…

—Nadie querrá venir aquí; por la sencilla razón de que nosotros se lo impediremos

—Eso es ponerse fuera de la ley —gritó el ingeniero.

—Por el contrario, estamos dentro de ella, señor Sesma-Lexell. Tenemos un sindicato que vela por nuestros intereses y que prohibirá la contratación de ningún elemento en tanto no se haya descubierto, y castigado, al autor de estos accidentes criminales.

—Estamos tras ello, Snitkin —dijo enérgicamente la muchacha—, he contratado un investigador que…

Snitkin soltó una sonora carcajada llena de sarcasmo.

—¿Ése? —y su enguantado dedo me señaló a mí—. ¿Una máquina? Señorita, ¿en qué concepto tiene usted los cerebros humanos que ha de recurrir a los artificiales?

—Kabé es tan inteligente como cualquiera de vosotros.

—¡Pero es un robot! —estalló con iracundia Snitkin—. Y nadie consentirá en ser investigado por un maldito saco de tuercas y pernos.

—¿Acaso le molesta a usted ser investigado, Snitkin? ¿Diría lo mismo de una persona de carne y hueso?

Lo agudo de las palabras de Kessa dejó momentáneamente sin habla al alborotador. La joven aprovechó la ocasión para lanzar otro dardo.

—A lo que estoy viendo, no es el investigador, sino la investigación lo que le está molestando, Snitkin. Y, aunque los tiene a sus espaldas, en realidad está usando de esos quinientos hombres como escudo o tapadera de sus turbios apetitos subvencionados, ¿por quién, Snitkin? Muy bien, puesto que le molesta que el robot haga indagaciones, llamaré a la Policía. Ésta le hará preguntas cuyas respuestas usted no podrá soslayar.

El rostro de Snitkin se torció en una mueca de furor.

—Haga lo que quiera, señorita. Tengo la conciencia muy tranquila y…

—Mejor para usted —repuso fríamente ella—. Ustedes pueden continuar el trabajo o abandonarlo. En cambio, yo, de acuerdo con los restantes miembros del Consejo de Administración de la EMMCI, me reservo el derecho de emplear como investigador al servicio de la misma a quien mejor nos parezca va a cumplir con tal misión, humano o robot.

—¿Son éstas sus últimas palabras, señorita Blanc? —preguntó Snitkin.

—Si —avanzó ella desafiadora la mandíbula.

—Muy bien, pues. Tendrá noticias nuestras a su debido tiempo.

El ingeniero entonces, cerrando los puños, avanzó un par de pasos.

—Mida sus palabras, Snitkin. En las que hay dichas se encierra una amenaza que no estarnos dispuestos a tolerar. Usted tiene perfecto derecho a expresar sus opiniones, pero nada más. ¿Me ha entendido?

—Ustedes son quienes debieran entenderme a mí —dijo con toda frescura el tipo—, y puesto que no quieren atendernos, desde este momento nos declaramos en huelga hasta tanto no se haya descubierto al asesino del señor Cotanda.

—Nadie se lo impide, Snitkin —terció la joven—. Pero me parece que esa huelga que ustedes acaban de declarar —y Kessa, con rápido gesto le arrebató el micrófono antes de que el alborotador pudiera impedírselo, con el fin de que todo el mundo lo pudiera oír— va a ser más larga de lo que ustedes mismo creen. A partir de este momento quedan todos despedidos.

La reacción de Kessa. ciertamente, había sido valerosa, tanto, que Snitkin y sus acólitos quedaron aturdidos, confusos, sin saber qué hacer.

Pero el primero se repuso en seguida.

—¡Usted no puede hacer eso! —aulló—. Nuestro contrato...

—Su contrato especifica la prohibición de huelgas por otro motivo que no sean los estrictamente relacionados con su trabajo. Y si Cotanda ha muerto otro puede sustituirle en tanto prosiguen las investigaciones. Eso es todo. Y ahora lárguense de aquí, pues están en un lugar que no les pertenece. ¿Me han oído?

Snitkin permaneció un segundo como atontado. Mas, reaccionando en seguida, perdidos los estribos, saltó sobre la joven.

Kessa supo dar su respuesta antes de que ninguno de nosotros dos pudiéramos intervenir. Esperó a pie firme al provocador, y cuando lo tuvo a tiro le atizó de firme con el micrófono.

Tenía éste cogido por el hilo, como si fuera una piedra atada al extremo de un cordel. Un par de durísimos golpes en pleno rostro, uno de los cuales le cerró un ojo instantáneamente, le hicieron retroceder, en tanto lanzaba sonoros juramentos que eran amplificados al exterior sin que se perdiera una de sus sílabas. Kessa también había perdido la paciencia y continuó golpeando al individuo hasta que el cable de unión se rompió.

—¡Fuera, fuera de aquí! —gritó, de tal forma, que Snitkin y sus dos

compañeros, atemorizados, se calaron las escafandras y, sin una palabra más, se metieron en la esclusa, de la cual salieron al exterior un minuto más tarde.

—Esto se va a calentar —dije—. Lo mejor será que nos metamos en el helidisco y salgamos de aquí por lo que pudiera tronar.

Me hicieron caso, y en treinta segundos estuvimos acomodados en el interior del artefacto, en tanto que, por el megáfono de la cúpula llegaba hasta nosotros el fragor de quinientas voces de exasperados huelguistas pidiendo a gritos nuestras cabezas.

Apenas estuvimos acomodados en el interior del aparato, el piloto lo hizo arrancar velozmente, suspendiéndolo luego a unos cien metros de altura, inmóvil, a petición de Kessa. Quería ver el resto de lo que iba a pasar.

Ciegos de ira, soliviantados por las demagógicas frases de Snitkin y los suyos, todos los operarios de la EMMCI se arrojaron contra las instalaciones del proyecto y comenzaron a destruirlas con el mismo método con que las habían comenzado a edificar. Potentes cargas de dinamita volaron los edificios en medio de un silencio absoluto, y la misma torre no tardó en convertirse en un amasijo de escombros cuando cuatro minas, una en cada una de sus patas, estallaron casi simultáneamente con devastadores efectos.

Media hora más tarde de todo aquel maravilloso conjunto no quedaba otra cosa que un ingente montón de ruinas que, para mayor escarnio, ni siquiera humeaban. Unos cuantos de los sublevados, más afortunados que los demás, consiguieron apoderarse de los orugas que había allí y que deliberadamente habían sido respetados, dirigiéndose hacia Lowell Corner. Los demás, abandonando todo o cargados con sus pertenencias, emprendieron la marcha a pie hacia la ciudad, marcha que no les sería muy fatigosa dada la gravedad menos seis que existe en el satélite. Dando fáciles zancadas de siete y ocho metros de longitud, la masa de hombres se encaminó hacia Lowell Corner en espesa columna que no tardó diez minutos siquiera en desaparecer en el horizonte.

Y entonces, cuando todo se hubo calmado, cuando una siniestra tranquilidad se hubo posado sobre aquel, ingente montón de ruinas, Kessa, sin poderse contener, se apoyó en el hombro de Sesma-Lexell, rompiendo en estridentes sollozos.

* * *

Permanecí un buen rato de pie, contemplando las ruinas, en tanto que hacia funcionar activamente mis circuitos.

Por indicación mía, Kessa y el ingeniero se habían quedado en Lowell Corner, hasta que se tomara una resolución definitiva sobre lo que había que hacer. Que, a mi robótico entender, no era otra cosa que abandonar el campo y pactar con la «Penrodian».

No dejaba esto de recalentar mis válvulas, puesto que no me gustaba lo más mínimo, la idea de la rendición; pero era evidente que sólo así podría llegar el Proyecto-T a un feliz término. Era de suponer que entonces se concluyeran les asesinatos y el proyecto tomara realidad sin el menor incidente. Pero ¿valía la pena seguir adelante, cimentando los postes sustentadores de la torre sobre la sangre de los muertos? Por respeto a ellos mismos, ¿no era lo más indicado seguir adelante con la investigación hasta hallar al criminal y darle su condigno castigo?

—Bonita faena, ¿eh?

El comentario no era mío, sino que procedía de alguien que se había situado a mis espaldas sin que me apercibiera de ello. Solté un par de cibernéticos juramentos, y me volví con rapidez.

Apoyado en uno de los fragmentos de poste que aún se mantenían en pie, Kelvin Penrod me miraba sonriente, fumando tranquilamente un cigarrillo.

¿He dicho fumando? Sí, porque Kelvin usaba escafandra último modelo, con pitillera de extracción y encendido automático de cigarrillos, ventilación de humos y pinzas para cogerlos que se manejaban desde el exterior, mediante unos pequeños salientes, con lo cual el fumador podía ponerse en la boca el cigarrillo y quitárselo a voluntad.

Kelvin expulsó una gruesa bocanada de humo, instantáneamente disipada por la acción del extractor y luego repitió:

—Bonita faena, ¿eh, Kabé?

—Eso parece —mascullé.

—No han dejado aquí nada de valor que pueda aprovecharse. Parece que hicieron las cosas a conciencia.

—¿A conciencia de quién, señor Penrod? ¿Suya, acaso?

Kelvin escupió el cigarrillo hacia el aspirador, que un instante después lo arrojaba fuera. Se enderezó, borrando de su rostro la sonrisa.

—No digas tonterías, Kabé. Eso está bien para los humanos, pero no para un robot tan inteligente como tú.

—Cuando me construyeron olvidaron de instalarme el circuito de la sensibilidad a los halagos, señor Penrod.

—Pero tienes el de la astucia desarrollado en sumo grado. Kabé; dime sinceramente...

—Los robots hablamos siempre con sinceridad, señor Penrod; nuestra constitución mecánica nos obliga a ello.

—Menos a ti, ¡viejo zorro! Vamos, dime de una vez lo que piensas. ¿Soy o no soy el culpable de lo que ocurre a la EMMCI?

—Usted debe saberlo mejor que yo —respondí con toda frescura—. ¿Qué es lo que quiere: que le regale los oídos?

Kelvin se mordió los labios. Avanzó unos pasos hasta ponerse frente a mí, a menos de un metro de distancia.

—Quiero entrar a formar parte de la EMMCI, pero no por los motivos que te figuras, Kabé.

—Pierde el tiempo, señor Penrod. Hay quien se le ha anticipado.

—No lo digas tan fuerte. No creo que Kessa ame al ingeniero.

Conecté el circuito del sarcasmo, en tanto que emitía una fiel reproducción magnetofónica de la más pura hilaridad

—Tendría que haberlos visto a los dos tan amartelados como yo les he visto. He intervenido muchas veces en asuntos humanos que se salen, como éste, fuera de lo corriente en los demás, y mis válvulas visuales no me engañan. Están chiflados el uno por el otro, ¿sabe?

—Kessa no sabe lo que quiere. Física e intelectualmente es una mujer de grandes dotes espirituales, que aumentan si ello cabe sus atractivos corporales, pero en este asunto no ha pasado de los quince años. Ha

venido Sesma-Lexell con su proyecto, un proyecto nuevo y revolucionario, desde luego, no hay que regatearle los méritos, y ya no ha sabido ver más.

—Y usted quiere encargarse de abrirle los ojos... quitándole de delante la venda de acciones de la EMMCI que tiene puesta, ¿verdad?

Penrod rio de una manera que no dejó de agradarme.

—¡Naturalmente. Kabé! Pienso hacer todo eso, y cuando nos hayamos casado enviarla a ella a casa, a cuidar del hogar, del marido, y de los niños que Dios tenga a bien enviarnos.

—¡Caramba, qué anticuado me ha resultado usted! —comenté.

—Hay ciertas cosas que no cambian, ni deben hacerlo, con el paso de los tiempos. Ella es una mujer y yo soy un hombre, y cada uno de los dos tenemos delimitado claramente nuestro puesto en la sociedad humana. No sé si me habrás entendido lo que quiero decir, Kabé.

—Yo sí, señor Penrod —contesté volublemente—; pero... ¿por qué no le dice todas estas cosas a ella? Cuando no esté delante el señor Sesma-Lexell, por supuesto; no sea que le vaya a calentar de nuevo la mandíbula.

Un relámpago de cólera brilló un segundo en los ojos de Kelvin, quien, olvidándose de que llevaba puesta la escafandra, quiso acariciarse instintivamente la región mencionada. Pero al tropezar su mano con la esfera de vidrio, detuvo el gesto y, variando la expresión, se echó a reír.

—Algún día devolveré el golpe, Kabé —dijo.

—¿Para qué molestarse, señor Penrod? —y con el pulgar señalé hacia las ruinas—. Ya se cobró la deuda, ¿no?

—¡Cierra el pico, estúpido robot! Cuando yo quiero una cosa, empleo otra clase de métodos, ninguno de los cuales está fuera de la Ley, ¿me entiendes?

Asentí en silencio. Nos miramos los dos un instante, y luego, Kelvin, volviéndome las espaldas, caminó lentamente por entre aquella desolación, a la que únicamente le faltaba la atmósfera que hubiese permitido el crecimiento del musgo y hierbas salvajes, que hubieran dado un aspecto más cabal de ruina y abandono a todo cuanto allí había derruido.

Le seguí a prudente distancia, teniendo siempre en cuenta mi condición de robot y la suya de humano, observando atentamente todos y cada uno de sus movimientos, en los cuales, forzoso es confesarlo, no vi nada de sospechoso. Así, poco a poco, llegamos al sector burocrático, que había sido el más respetado por la salvaje explosión de ira de los operarlos enfurecidos por la demagógica propaganda de Snitkin.

Kelvin se quedó un instante parado en la puerta de lo que había sido el despacho de Cotanda, el cual ahora se hallaba desprovisto de la protección que le prestara anteriormente la cúpula transparente que encerraba el aire bajó su curva semiesférica, agujereada en varios sitios a consecuencia de las explosiones de la dinamita. Sostenida la cúpula por la tensión atmosférica, yacía ahora plegada y arrugada, apoyándose en los salientes de los barracones que habían escapado a la destrucción, obligándonos, en algunas ocasiones, a pasar bajo sus pesados pliegues transparentes, con objeto de continuar nuestro camino.

Decidiéndose al fin, Kelvin penetró en el despacho, una de las pocas cosas que habían salido relativamente bien de la destrucción. Me miró apenas por encima del hombro.

—Aquí mataron a Cotanda, ¿eh?

—¡Ajá! —dijo, sin comprometerme a más.

—Cianuro —murmuró muy pensativo—. Un método fácil y rápido de librarse de alguien que nos molesta.

Las palabras de Kelvin helaron la grasa que lubrica mis articulaciones. Hube de reducir el voltaje de mis circuitos visuales, pues la imagen del joven se me apareció confusa y fuera de foco durante un par de estupefactos segundos.

—¿Cómo ha dicho usted? —murmuré.

—Lo que has oído, Kabé. Cotanda estorbaba a alguien.

—¿A quién?

—Se lo preguntaremos al asesino, que es quien lo debe saber, ¿no? —repuso irónicamente el joven.

Acto seguido, y sin dejarme recuperar de la sorpresa que había bajado notablemente la temperatura de mis circuitos, se puso a huronear por

la habitación.

—Me parece —dije al cabo de un rato—, que usted sabe más de lo que aparenta, señor Penrod.

—Es natural —dijo sin pizca de presunción—. Quiero ostentar la presidencia del consejo de Administración de la EMMCI y, para llevar a buen término mis planes, he de contar con un buen sistema de información.

—¿Privado?

No me contestó. Tenía en la mano un papelito, mejor dicho, un fragmento de cartulina que me pareció procedente de una tarjeta de visita que, después de ser leída hubiera sido partida en varios trozos y arrojada descuidadamente al suelo. Mirando por encima del hombro de Kelvin pude leer unas cuantas letras que habían formado parte de alguna o algunas palabras.

«...liz ...pie... años... uen... a... go... », era todo lo que allí podía leerse.

Lo interpreté al instante, simultáneamente con Kelvin.

«—Te desea un feliz cumpleaños tu buen amigo...»

—¿Quién es este buen amigo, Kabé?—preguntó Kelvin.

Me encogí de hombros.

—Tendremos que averiguarlo —contesté negligentemente—. El tipo aprovechó la coyuntura para enviarle las botellas envenenadas a Cotanda.

—Posiblemente fuera así —dijo Kelvin—, pero aquí el asesino ha cometido una terrible equivocación. Una equivocación que puede costarle cara.

—¿Cuál, señor Penrod?

—Sencillamente, que estamos a 16 de marzo, que Cotanda murió hace tres días, el 13, y que no celebra su cumpleaños hasta el once de junio próximo.

Aquellas palabras convirtieron en una nevera todo el interior de mi maquinaria; y hubiera permanecido un buen rato convertido en una legítima estatua de hierro y plástico, de no haber sido por la circunstancia de que mis circuitos visuales estaban captando la imagen

de un helidisco que descendía raudamente.

CAPÍTULO VIII

Eran tres personas las que descendieron del helidisco, las tres provistas de su espaciotraje y que, sin dudarlo un solo momento, se dirigieron hacia nosotros con vivo paso.

Las reconocí casi de inmediato: eran los consejeros Lanvers, Maroud y Uldquist, y sus rostros no expresaban el menor sentimiento amistoso. Ceñudos, con las mandíbulas apretadas y las facciones endurecidas, parecían ser los miembros de un tribunal que se dispusiese a condenarnos a muerte, sin posible apelación.

Detuvieron su paso a dos metros de nosotros. Lanvers, sin ningún preámbulo, extendió su dedo índice hacia mi humano acompañante.

—¿Quién es éste, Kabé?

—El señor Kelvin Penrod, señor Lanvers, propietario de la «Penrodian».

—¿Y qué hace aquí, si puede saberse? —rugió el consejero.

—Ayudando a su robot a desentrañar el misterio que envuelve los accidentes sufridos por quienes trabajan a sueldo de la EMMCI —dijo amablemente el joven.

Lanvers frunció aún más el ceño.

—¿Y quién le manda a usted meterse donde no le llaman, señor mío? —dijo hoscamente.

—Tengo el deber de salvaguardar mis intereses... aunque éstos sean futuros, señor Lanvers —contestó el joven, sin perder por un momento su cortés ecuanimidad.

—¿Sus... futuros intereses? ¿Qué rayos quiere decir con esto, señor Penrod?

Kelvin me miró, sonriente.

—Anda, díselo tú, Kabé.

Me hubiera gustado ser humano por un momento para poder hacer una cosa vedada a un robot: tragar saliva. ¡Retuercas, y qué encargo me daba el mozo!

—¡Hum…! Señor Lanvers… aquí… bueno, el señor Penrod aspira, además de al cincuenta y uno por ciento de las acciones de la EMMCI, a la más o menos blanca mano de la señorita Kessa.

—Y a lo que sigue detrás de la mano también —añadió impertérrito el joven, aprovechándose de la estupenda sorpresa que mi declaración había causado en el trío.

Lanvers estalló al fin.

—¿El cincuenta y uno por ciento de las acciones, Penrod? —bramó—. ¿Y, por qué no todas? Dígame, ¿no nos quiere también a nosotros como esclavos suyos?

—Oh, no, no, señor Lanvers. Me conformo con el porcentaje que he dicho y cambiar el apellido Blanc por el de Penrod. A ustedes les, dejo libres y con su tanto por ciento de acciones.

El rostro de Lanvers enrojeció hasta adquirir un bello tono escarlata., lo mismo que el de sus dos compañeros.

Maroud soltó un juramento del más puro tono parisino —¡Sale bète!— en tanto que Uldquist abría y cerraba las manos nerviosamente, como dominando las ganas que le acometían de estrangular al joven.

—¿Hemos de seguir escuchándole, nom d'un nom? —gruñó Maroud.

—Esto es algo inaudito —rezongó Uldquist, cuyas innúmeras pecas parecían haberse multiplicado aún más en su nórdico rostro—. Jamás había oído cosa semejante.

—Así tendrá de qué hablar a sus nietos en las largas veladas invernales, señor Uldquist —dijo con volubilidad Kelvin.

—¡Basta! —cortó secamente Lanvers, que era quien llevaba la voz cantante—. Como muestra de la insensatez humana, ya está bien. Sin embargo, no hemos venido a verle a usted, sino a Kabé. ¿Qué es lo que has averiguado durante estos días?

Vacilé una décima de segundo. Al fin repuse;

—Lo siento, señor Lanvers, pero es únicamente a la señorita Blanc a quien he de dar cuenta de mis pesquisas.

—¡Robot insolente! Me dan ganas de arrojarte a la chatarra —gritó el consejero—. ¿Es que has olvidado el Código Robótico? Tienes que obedecer a los humanos, ¿entiendes?

—Sí, señor Lanvers.

—Pues entonces, si lo entiendes, ¿por qué no das una respuesta a mi pregunta?

—Porque tengo orden de la señorita Blanc de no comunicar a nadie mis posibles descubrimientos en tanto ella no lo sepa —contesté, mintiendo con todo descaro.

Temí que alguna válvula, al ser forzada por mi réplica, acabara fundiéndose, pero, afortunadamente, los materiales empleados en mi construcción lo eran de primerísima calidad y los diminutos transistores de la locución aguantaron perfectamente el esfuerzo.

—¡Yo te ordeno que me lo digas a mí! — aulló Lanvers.

Empecé a vacilar. Aquellas órdenes eran demasiado fuertes y temía acabar viéndome obligado a obedecerlas.

—Por favor… — supliqué.

—No hay favor que valga —gruñó Lanvers, dándose cuenta de que ganaba terreno—. Eres un robot y debes obedecer a los humanos.

—Pero entonces desobedeceré las órdenes de la señorita Blanc —gemí.

—¡Me importa un pepino! —renegó el consejero—. ¡Contesta!

Noté que la temperatura interna de mi maquinaria aumentaba enormemente. Envié unidad tras unidad de refrigeración a los circuitos más sensibles, pero aquello no bastaba. Tenía que obedecer… o fundirme, como una bombilla vieja.

—¡Contesta de una vez, Kabé! —gritó Lanvers, en un tono cada vez más alto.

Decidí que no tenía otro remedio que hacer lo que me ordenaban. Abrí la boca, relajando la tensión interna de mis circuitos, pero antes de que pudiera emitir una sola palabra, Kelvin solucionó el asunto de un modo tan rápido y eficaz como expeditivo.

Saltó hacia mí y, asiendo la antena del receptor-transmisor con ambas manos, la arrancó de un tirón, que me levantó incluso unos centímetros del suelo. Luego, colocándose ante mí, se enfrentó con los tres consejeros.

Privado del medio de recibir las ondas hertzianas, no pude escuchar las palabras, violentísimas a juzgar por sus actitudes, que se cruzaron entre los cuatro humanos. Pero debieron de ser gordas, capaces de llenar de púrpura el rostro de un piloto astronáutico, que tienen fama de mal hablados; sobre todo juzgando por sus desacompasados ademanes. Al fin, Kelvin optó por seguir empleando los métodos expeditivos.

No sé de dónde robots la había escondido, pero de pronto vi brillar en sus manos la metálica superficie de una pistola automática. Muy antigua, pero evidentemente un eficaz medio intimidatorio y que surtió sus efectos, puesto que los tres consejeros, tras soltar media docena de ladridos más, dieron media vuelta y se encaminaron hacia su helidisco, que emprendió raudo vuelo escasamente un minuto más tarde.

Cuando el artefacto hubo desaparecido de nuestra vista, Kelvin, sonriendo ampliamente, se volvió hacia mí. Como no podía hablarme por medio de la radio, recurrió al acreditado método de contactar directamente las dos escafandras. Puesto que las dos tenían aire, ya que, aunque yo no lo necesite para la respiración, he de procurar siempre que mis delicados mecanismos se hallen siempre en condiciones terrestres, el hablar resulta fácil de aquel modo.

—¿Qué te pareció lo que hice, Kabé?

—¿Cómo quiere mi opinión, señor Penrod? ¿De robot... o de humano?

Kelvin me guiñó un ojo.

—De humano, ¡diablos!

—Pues... verá, señor Penrod: Por lo que respecta a mí, particularmente, no tengo nada que oponer. Usted me ha librado de un gravísimo conflicto y no puedo por menos que darle las gracias. Ahora, mirando el asunto bajo el prisma robótico, pues... ¡qué quiere que le diga!; me estoy viendo en un alto horno, ya puede suponerse para qué.

Kelvin se echó a reír.

—No te ocurrirá nada de lo que dices, Kabé; yo me encargo de ello. Verdaderamente, eres un tipo simpático y me has caído en gracia. Cuando Kessa y yo nos hayamos casado...

Levanté las manos, horrorizado.

—¡No, por favor! Ya tengo bastante con cuidar de los niños del profesor Crandon y de su esposa en épocas normales. En cuanto acabe este barullo recabaré del profesor que me ate con una gruesa cadena a la puerta de su casa, para siempre.

Kelvin me palmeó los hombros amistosamente.

—No te preocupes, Kabé. Ya verás como todo acaba bien.

—Eso quisiera yo —mascullé y, de pronto, recordé un detalle—. Oiga, señor Penrod, usted habló antes de unas fechas, concretamente la del cumpleaños de Cotanda. ¿Cómo lo puede usted afirmar tan seguro?

El joven se echó a reír.

—Es muy sencillo —dijo—. Verás... —y en aquel momento cortó sus palabras en seco, al mismo tiempo que me daba un fuerte empujón que me tiró patas arriba al suelo.

Lancé un robótico juramento del más puro estilo, en tanto que, intrigado, trataba de recuperar el equilibrio. No podía oír ni podía hablar, y esto me descomponía, la verdad.

Pero en el instante en que me ponía sobre mis rodillas, algo, a cortísima distancia de una de ellas, golpeó la tierra con enorme violencia.

A dos pasos de mí, Kelvin rodó por el suelo.

* * *

Cuando vimos descender el helidisco en que habían llegado los consejeros, habíamos salido al exterior del despacho de Cotanda, pero continuando, no obstante, bajo cubierto de la flácida cúpula de plástico, que estaba sostenida en muchos puntos de su transparente superficie por los salientes de los barracones que formaban la aglomeración de edificios administrativos del sector lunar del

Proyecto-T. Y allí estábamos cuando Kelvin obró de tan extraña manera.

Mis circuitos no tardaron mucho en informarme de que aquello que había interrumpido tan bruscamente nuestro diálogo no eran otra cosa que proyectiles salidos del cañón de una pistola más o menos parecida a la que, afortunadamente, el joven Penrod aún conservaba en su mano. Éste no había rodado por el suelo como consecuencia de algún impacto de bala, sino para salirse de la línea de tiro del asesino que, de manera tan solapada y artera nos estaba atacando ahora.

Me arrastré por el suelo, buscando un refugio contra aquellos proyectiles que volaban con seis veces más impulso que en la tierra, a pesar de contar con la misma cantidad de pólvora. No tenía la menor gracia de que uno de aquellos trocitos de plomo pulverizara alguno de mis delicados mecanismos, especialmente hallándome tan lejos de los talleres de reparación del M.C.R. que eran los únicos que podían meter mano dentro de mí en caso de una posible avería.

Busqué, pues, el consolado refugio de una esquina, contra la cual se estrelló otra bala, lanzando astillas de madera en todas direcciones. Sí, madera, pues los edificios provisionales como aquellos, se construían con dichos materiales, alquilados a una empresa que se dedicaba especialmente a ello. A veinte metros de mi, Kelvin, agazapado tras el aserrado muñón de una columna de cemento, asomaba su cabeza tras la mira de su pistola, dispuesto a replicar contundentemente al tipo que quería chincharnos.

Privados de comunicación, no podíamos hablarnos, lo cual no era tanta desventaja como podía parecer, pues es evidente que nuestro enemigo hubiera sintonizado en nuestra frecuencia de radio, adivinando así nuestros propósitos.

La pistola de Kelvin escupió de pronto una pálida llamarada, cuyo sonido no se pudo escuchar. Tampoco supe la suerte que había tenido aquel disparo, pues desde el lugar en que me hallaba no podía ver aquél en que se escondía nuestro enemigo.

Kelvin volvió a disparar dos veces más, y en la expresión de su gesto pude apreciar claramente el fracaso. Varias balas más agitaron levemente el suelo del satélite con sus impactos. Estaba claro que, habiendo fallado la sorpresa, elemento principal del ataque, la cosa había quedado en un «impasse», cuya duración no se podía prever.

Sin embargo, aquello tuvo una solución más rápida de lo que yo

esperaba. Kelvin hizo de pronto unos frenéticos gestos con la mano, llamándome con urgencia.

La forma de agitarse bajó notablemente la temperatura de mis circuitos. Por la forma en que lo hacía, parecía haber sido alcanzado por un balazo y, aunque éste no fuera necesariamente mortal, dado que obligatoriamente tenía que haberle sido perforado el traje, su muerte por asfixia era cuestión de un minuto o dos si no se le socorría con urgencia.

Sin vacilar un segundo me puse en pie. Corrí hacia él, dando saltos de diez metros de longitud, notando vagamente que las balas levantaban grises nubecillas de polvo en torno mío. Mas, antes de que llegara al lado del joven, ocurrió lo que yo no me habría atrevido tan siquiera a sospechar.

De un salto, el joven se puso en pie, dejándome tan frío por la sorpresa que me quedé clavado en el suelo, incapaz de dar un solo paso. Su pistola escupió fuego repetidas veces y luego calló. Bueno, quiero decir que paró de disparar.

Me volví, estupefacto, mirando hacia el lugar al que habían sido dirigidos los disparos. A cuarenta metros de nosotros, un hombre caía muy lentamente al suelo.

Kelvin sonrió tranquilamente, enfundándose la pistola. No la precisaba ya, pues a doscientos metros de nosotros, un helidisco emprendía veloz marcha, desapareciendo en contados segundos de nuestra vista. Con toda seguridad, él o los cómplices del atacante que había muerto, huían en el artefacto, temerosos de las consecuencias.

Kelvin me tomó del brazo y los dos caminamos hacia el lugar donde se hallaba tendido el individuo. Apenas le eché la vista encima, lo reconocí.

¡Era el consejero Samuelson!

Sus retorcidas facciones, aún desfiguradas por el tono azul que habían tomado, así como por el intenso dolor de sus últimos instantes, no dejaban el menor resquicio a la duda.

Kelvin pegó su escafandra a la mía.

—¿Lo conoces?

Asentí, diciéndole quién era. El joven se quedó unos instantes muy

pensativo, lo mismo que yo. Aquello era como para volver loco a cualquiera.

Durante unos momentos, el joven permaneció inmóvil. Luego, arrodillándose, despojó de su escafandra al muerto y me la alargó a mí.

Afortunadamente, los modelos de espaciotrajes, salvo el tamaño de lo que ha de contener el cuerpo, son exactamente iguales a todos, lo mismo que las roscas de las lámparas eléctricas. Y aunque permanecí durante unos segundos expuesto al terrible frío del vacío estelar, no padecí apenas. Pero aquella escafandra tenía transmisor de radio y el mío no funcionaba.

Las balas habían atravesado el cuerpo de Samuelson, de modo que la escafandra no había sufrido lo más mínimo. Aquello nos permitió liberarnos de la engorrosa molestia que era hablar por contacto directo.

—Kabé —masculló Kelvin, muy desconcertado—, ¿qué diablos pretendía este sinvergüenza?

—Ya lo vio usted, señor Penrod; suprimirnos.

—¿Por qué, diablos?

—Supongo que usted y yo somos un estorbo para ese asesino… o asesinos, porque aquí, los humanos con ganas de matar a sus semejantes, abundan mas que las moscas en un panal de miel,

—¿Crees tú que Samuelson podría estar en contacto con Lanvers y compañía?

No podía hacer otra cosa que alzar los hombros.

—¿Y quién lo sabe, señor Penrod?

—Estoy pensando en que acaso a Lanvers no le hubiera disgustado la noticia de mi muerte.

—Por lo menos, el que usted no fuera ya competidor para ellos les habría supuesto un alivio.

Kelvin se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—¡Estáis todos en un error! Yo quiero formar parte de la EMMCI, pero es únicamente porque amo a Kessa, y sé que solamente comprando su

parte de acciones es como podré conseguirla. No porque no pudiera hacerlo de otra forma, sino porque sé que solamente apartándola de los negocios es como podrá vivir feliz.

—Bueno, pues dígaselo a ella —repuse tan fresco.

—Lo haré en cuanto tenga ocasión... que será una vez averiguada la identidad del granuja que quiso interferir el Proyecto-T. ¡Por los clavos de Cristo, éste es el descubrimiento más sensacional en la historia de la humanidad desde Gutenberg! ¿Te das cuenta de los inmensos beneficios que una obra de tal envergadura reportaría, no precisamente a la EMMCI, sino a nuestro planeta?

—Sí, señor Penrod. Es realmente un inventó sensacional el del señor Sesma-Lexell, y que realmente rendirá unos beneficios fabulosos a todo el mundo. Por eso hay alguien que tiene interés en derrotar a la EMMCI.

Kelvin quiso frotarse la mandíbula, olvidándose una vez más de la cáscara de la escafandra.

—A veces pienso —musitó— si ese individuo no será alguien de dentro. Samuelson parece así indicarlo, pero, ¿cuál es el caballo de Troya en que ese individuo penetró dentro de la EMMCI, Kabé?

—Es una pregunta a la cual no puedo responder, señor Penrod. En su lugar, permítame sugerirle que sería muy conveniente fuéramos a Lowell Corner. Hemos de dar cuenta a la Policía de lo que ha ocurrido

—Esto me va a costar un disgusto —gruñó el joven, mirando ceñudo el retorcido cadáver del consejero.

Le tomé confianzudamente por un brazo.

—No, porque yo soy un robot —dije—, y los robots no podemos mentir. Mi testimonio no sería válido en caso de acusación, pero sí para descargarle a usted de una culpa que no tiene. ¿Vamos?

CAPÍTULO IX

Me jugó usted una mala pasada, señor Penrod —dije, ya a punto de

llegar, a Lowell Corner.

—¿Por qué lo dices, Kabé?

El helidisco planeaba, valga la palabra, disponiéndose a alunizar, y el joven, que era quien lo pilotaba, habla hablado sin mirarme, atento a los mandos.

—Me usó como cebo para cazar a Samuelson —gruñí, muy molesto por la «distinción» de que había sido objeto durante aquel bravo combate que había concluido con la muerte del consejero.

—No podía hacerlo de otra manera, Kabé, De lo contrario, me exponía a quedarme sin municiones y...

—Un robot siempre es un robot, ¿verdad? A mí me pueden construir, hoy día, en menos de una semana. En cambio, para que un humano llegue a su desarrollo completo se necesitan veinte años.

—Exactamente. Kabé. Pero no pases pena; si Samuelson te hubiera averiado gravemente, yo me hubiera preocupado en persona de que no te hubieran enviado al fundidor. ¡Bueno, ya estamos de vuelta en casita!

Cortando los chorros impulsores, el joven detuvo el helidisco sobre su tren de alunizaje, un trípode de cortas patas, dotado de potentes muelles suspensores que amortiguaban notablemente los posibles choques del descenso. Comprobando la perfecta «estanqueidad» de nuestros espaciotrajes, vaciamos el aire de la cabina y salimos fuera, al helipuerto, desde el cual nos encaminamos a una de las esclusas de acceso a la ciudad.

Lowell Corner era una gran ciudad, de más de cincuenta mil habitantes, compuesta por varios centenares de gigantescas cúpulas transparentes, todas ellas de forma semiesférica, algunas de las cuales alcanzaban los setenta y aun ochenta metros de altura, por ciento cincuenta de diámetro. Bajo las cúpulas latía una vida intensa y agitada, tan febril como en cualquiera de las ciudades terrestres, y a cualquier hora que no fuera la del descanso, la animación en las «calles» era extraordinaria.

Puesto que estábamos a mitad del largo día lunar, que equivale a catorce de los nuestros, la iluminación artificial era innecesaria. Dentro de una semana apenas vendría la larga noche, que duraría otro tanto. Noche que se echaría encima con grandísima rapidez, sin crepúsculo, como si de repente el sol se hubiera apagado en el

firmamento, ello debido a la ausencia de una atmósfera, como la terrestre, refractora de los rayos solares. No obstante, la noche absoluta no se daba nunca en nuestro satélite, debido a que durante el período de oscuridad el brillo del planeta daba la suficiente luz para incluso poder leer, si se quería. Naturalmente, no era suficiente, y para ello estaba entonces el brillante sistema de iluminación de Lowell Corner, que convertía a la ciudad en un ascua de oro.

Atravesada la esclusa, Kelvin y yo depositamos nuestro correspondiente «garant» en una de las máquinas-molinillo que permitían el acceso a las cintas rodantes, que eran el único medio de comunicación que se permitía a los humanos utilizar durante su estancia en la ciudad. Salvo unos pocos coches policiales y alguna ambulancia, todo lo demás, incluido el transporte de artículos comerciales, fuera de la clase que fueran, se hacía por medio de las aceras deslizantes, lo cual proporcionaba no poco alivio y descanso a los habitantes de la ciudad, librándolos de esa moderna peste que es el tránsito, ya sea rodado, ya sea aéreo. Cada determinado espacio, había una máquina-molinillo que permitía continuar el camino sobre la cinta andante, si uno no quería fatigarse gastando calzado, que era el otro medio más frecuente de transporte utilizado en Lowell Corner.

Sin intercambiar apenas una palabra, Kelvin y yo nos dirigimos a la Central de Policía, en donde el joven hizo su exposición de hechos ante el comisario de turno. Bastó mi declaración de que Kelvin había obrado en legítima defensa, para que inmediatamente fuera exculpado de todo cargo, pues si bien es cierto que un robot no puede ser testigo por la acusación, dado que, sus declaraciones causarían daño a un humano, y él no puede hacerlo por su intrínseca constitución, sí en cambio, como tampoco puede mentir, puede ser testigo por la defensa, ya que en este caso proporciona un bien al humano en cuyo favor depone, y la causa principal de que hayamos sido construidos se debe al beneficio que nuestra presencia origina a los hombres.

La cosa, pues, dentro del inevitable formulismo, fue relativamente breve, y en menos de una hora estuvimos listos. Pero cuando ya poníamos el pie en la puerta de la Central policíaca, una nube de periodistas nos asaltó, acribillándonos con sus «flashes» y con un sin fin de preguntas.

El periodista es un espécimen humano que no ha cambiado apenas con el transcurso de los siglos, desde que la prensa, entre el XIX y el XX tomó la gran difusión que hoy sigue teniendo. La mayoría de las fotografías y las preguntas irían a los diarios televisados, tanto lunares como terrestres, y muchas de las primeras iban ya, retransmitidas

directamente desde las cámaras, a las emisoras, que en breves momentos difundirían la noticia.

—¿Es cierto que Samuelson, de la EMMCI, ha muerto?

—¿Lo mató usted, señor Penrod?

—Dicen que la EMMCI le acusa de provocar las perturbaciones que han culminado con la huelga de hace tres días. ¿Es cierto, señor Penrod?

—Señor Penrod, ¿qué hay de sus deseos de comprar las acciones de la EMMCI?

—Señor Penrod, díganos qué es...

—Señor Penrod...

—Señor Penrod...

—¡Basta! —cortó el joven, más fastidiado que realmente molesto—. No contestaré a ninguna de sus preguntas hasta que todo esté solucionado.

—¿Qué es lo que piensa solucionar, señor Penrod?

—¿Por qué usa un robot como guardaespaldas?,

—¡Kabé no está a mi servicio! —chilló Kelvin perdiendo la paciencia.

—Pero le acompaña. ¿Por qué?

—Para arroparme cuando duermo por las noche —gruñó el joven, forcejeando por abrirse paso entre la masa de indiscretos periodistas.

Lo conseguimos al fin, no sin soportar un verdadero calvario, que estuvo a punto de provocar más de un cortocircuito en mi interior. Cuando nos vimos solos, Kelvin lanzó un prolongado suspiro de alivio.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Vaya una plaga! Si Moisés hubiera contado con ella, hubieran sobrado las nueve restantes —sonrió, inquiriendo luego—: ¿Qué piensas hacer?

—Voy a ver a mi jefa. Tengo que darle cuenta de lo ocurrido, ¿no le parece?

El joven se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que eso es lo que debes hacer. Está bien; ya nos veremos otro rato.

Echó a andar con sus largas y características zancadas, pero le detuve con una pregunta:

—¡Eh! ¿Qué es lo que se propone ahora?

—Comer y dormir, que me está haciendo muchísima falta, Kabé —replicó astutamente el joven, sin querer revelarme sus propósitos, cosa que, como fácilmente puede comprenderse, no rebajó la temperatura interna de mis circuitos.

Encontré a Kessa en el hotel «Clyde Tombaugh», teniendo a su derecha al ingeniero, y enfrente a Lanvers y los otros dos consejeros. Era evidente que no se estaban elogiando mutuamente, a juzgar per las caras que vi apenas asomé la mía.

Lanvers se volvió en su asiento, como picado por un áspid.

—¡Ah! Ya está aquí nuestro Sherlock Holmes —dijo ácidamente—. Y bien, ¿qué es lo que has adivinado?

—Nada —contesté con robótica humildad—, excepto que el señor Samuelson era uno de los que estaban en el ajo.

Las hermosas pupilas de Kessa brillaron a causa de la sorpresa que le causaban mis palabras.

—¿Samuelson? —exclamó.

—¿Has dicho Samuelson, condenada máquina? —gruñó Uldquist.

—¡Eso no puede ser! —chilló Lanvers.

—¿Por qué no se lo pregunta al señor Penrod?

—¿Penrod? Y, ¿qué tiene que ver con todo esto?

No tenía ganas de perder más tiempo. En dos palabras conté todo lo ocurrido, concluyendo:

—Y si alguno de ustedes no me cree, que llame a la Central de Policía; allí les confirmarán todo cuanto he dicho, pues a estas horas ha enviado ya un vehículo a recoger el cadáver del consejero.

Kessa se hundió más y más en el asiento, como si fuera un globo

pinchado por un alfiler. Su rostro adquirió una lívida blancura, en tanto que, a su lado, inútilmente, el ingeniero trataba de consolarla con suaves palabras.

Después de aquello, Kessa levantó un poco su cabeza, en la cual pude ver sus ojos llenos de lágrimas. Con voz apagada, muy tenue, tanto que apenas si podía ser oída, declaró.

—Es inútil seguir luchando contra un enemigo a quien desconocemos totalmente. Kabé, ve a ver al señor Penrod y dile que cuando quiera realizaremos la operación de venta.

Incliné la cabeza, asintiendo. ¿De qué me hubiera servido tratar de disuadirla de lo contrario? Ella era un humano y yo un robot, cuya obligación es obedecer, obedecer siempre, por muy disparatadas que sean las órdenes que reciba, siempre que éstas no se encaminen en detrimento o daño de algún otro humano. Y como éste no era el caso, pues...

El ingeniero trató de protestar.

—No debes hacer eso, Kessa. Todavía hay alguna probabilidad de...

—¿De qué, Fred? Si hasta Samuelson estaba en contra mía, ¿qué puedo esperar ya? Anda, Kabé, haz lo que te he dicho.

—¡Un momento! —terció Maroud—. Antes tendrá que contar con nosotros.

—Las acciones son mías —se irguió la joven.

—Pero no son toda la EMMCI. Y aquí estamos una parte muy respetable de ella que merece ser escuchada.

—Entiéndanse para ello con el señor Penrod —dijo Kessa—. En lo que a mí se refiere, he decidido ya librarme de estos quebraderos de cabeza.

—Y va usted a pactar con el hombre que ha asesinado a nuestros especialistas y operarios sólo por el apetito insano de hacerse con el mando de la EMMCI? —preguntó Uldquist.

Lanvers, muy silencioso, no decía nada, limitándose a acariciarse nerviosamente el mentón.

—No es tan seguro que Penrod sea ese asesino —contestó la joven—.

¿Y, si en lugar de él, hubiera sido el mismo Samuelson? De ése no sospechábamos nadie.

—Aun así —gruñó Maroud—, Penrod es un tipo que no me gusta.

—Las cosas no se hacen porque nos gusten o no, sino porque nos convienen. Y en este momento me conviene a mí vender mi paquete de acciones. Kabé, anda y di al señor Penrod que puede venir a verme cuando quiera para establecer las condiciones del pacto de venta.

Ante la decidida postura de la joven, los restantes consejeros no podían hacer otra cosa que asentir, ya que ninguno de ellos, ni siquiera coaligándose, estaban en condiciones de pagar la exorbitante suma que suponía adquirir la mitad más una de las acciones que componían el capital de la EMMCI. Se pusieron a charlar en un rincón, de excitada manera, sin hacer, por el momento, ninguna otra objeción.

Pero si ellos no tenían nada que oponer, salvo su disconformidad, al gesto de Kessa, en cambio, yo sí que tenía que decir algo.

—Antes de ver al señor Penrod me gustaría hablar con usted a solas, señorita Blanc —murmuré.

Kessa arqueó una ceja, un tanto sorprendida. Pero asintió con un leve gesto de su cabeza, volviéndose al instante hacia el ingeniero.

—¿Me perdonarás unos momentos, querido?

Pasamos a la habitación inmediata. Una vez allí, Kessa me miró inquisitivamente.

—¿Y bien, Kabé?

Me froté la mandíbula con un gesto típicamente humano.

—Mire, señorita Blanc, yo no puedo impedir que usted dé el paso que acaba de anunciar, pero sí me creo en la obligación moral de advertirla antes de una cosa.

—¿Desde cuándo un robot tiene moral, Kabé? —dijo Kessa acremente.

La decisión que acababa de adoptar la amargaba, indudablemente

—Desde que fuimos construidos por el hombre —contesté sin dejarme amilanar por el puyazo—. Ustedes fueron quienes inculcaron en nuestros positrónicos cerebros unos sentimientos de rectitud y honradez de que muchos de sus congéneres carecen.

—Lo cual, aun siendo desgraciadamente cierto, va en favor de los humanos, pues que pueden discernir libremente, Kabé. Sin embargo, no estamos aquí para discutir de temas filosófico-robóticos, sino de la misión que te he encomendado acerca del señor Penrod. ¿Vas a ir tú o me obligarás a mí a dar ese paso?

—Iré yo, puesto que usted me lo manda y es mi obligación. Pero antes debo hacerle una advertencia.

—Que sea breve, Kabé —dijo ella, taconeando el suelo impaciente.

—Lo será, señorita Blanc. Usted va a vender sus acciones al señor Penrod, pero no es tan seguro que él quiera comprárselas.

El rostro de la joven expresó la más absoluta sorpresa.

—¿Cómo? —exclamó—. Pero ¿no ha sido ése siempre su mayor deseo?

—Por supuesto. Pero es que él quiere las acciones… y la propietaria, y si no tiene a ésta, no creo que acepte aquéllas.

Kessa enrojeció vivísimamente, entendiendo la poco velada alusión.

—¡Qué insolente!

—Cuando un hombre se chifla por una mujer…

—No me refiero a él, sino a ti, Kabé ¿Desde cuándo los robots se dedican al poco honesto oficio de terceros?

Si hubiera sido humano, yo también me habría puesto colorado ante la insultante réplica de la muchacha.

—Me he limitado a decir lealmente cuanto sé —dije con toda la dignidad posible con mi robótica condición.

—Está bien. Irás y le dirás que puede comprar las acciones cuando quiera, pero que a mí, en cuanto a persona, que me olvide. Yo ya estoy… estoy… —aquí ella vaciló visiblemente, pero al fin se lanzó—, comprometida con el señor Frederick Sesma-Lexell.

Me Incliné.

—La felicito por ello. Realmente, el ingeniero es un buen mozo.

Kessa me miró con el ceño fruncido,

—¿Piensas que me caso con él solo por su tipo, Kabé?

—No soy usted y no puedo decirlo, por tanto. El ingeniero no parece mal chico, pero…

—¿Qué es lo que tienes que decir de él, Kabé —preguntó Kessa muy impaciente.

También yo tuve una pequeña vacilación. No sabía qué decir, puesto que, en realidad, mis palabras no tenían una base sólida en que apoyarse. Pero, en aquel momento, algo me salvó.

En tanto que dialogábamos, nos habíamos situado al lado de una amplia ventana del hotel, la cual estaba en el primer piso del mismo, a poca distancia, pues, de la calle, Al tratar de dar una réplica adecuada, mis válvulas visuales se habían dirigido, de modo ciertamente maquinal, hacia el exterior, y entonces fue cuando la imagen de una persona conocida penetró velozmente hasta mis circuitos memorísticos.

Aquella persona vaciló un segundo antes de cruzar la calle, fijando después sus ojos en la fachada del hotel.

Temeroso de que nos viera, tomé por el brazo a Kessa.

—¡Apártese de la ventana! —dije, en tono tan perentorio, que la joven no opuso la menor resistencia.

—¿Quién es, Kabé?

Aguardé a que la persona desapareciera en el interior del hotel

—Es la señorita Sesma-Lexell —contesté

—¿La hermana de Fred?

—La misma —repuse con firmeza,

—¿Y qué viene a hacer aquí, Kabé? Porque, si mal no recuerdo, ella había dicho que cesaba en el empleo que tenía en la EMMCI.

Arrugué mi entrecejo de plástico.

—Eso es algo que me gustaría saber, señorita Blanc.

—Puedes averiguarlo, ¿no? —me dijo Kessa, insinuante, olvidando su anterior enfado, súbitamente intrigada por la presencia de Mary en la

Luna.

—Pudiera ser —contesté volublemente.

—¿Y si yo te lo ordenara?

Sonreí de la misma manera que Mefistófeles debió de hacerlo cuando propuso al doctor Fausto la eterna juventud a cambio de su alma.

—Pues…

En aquel momento, alguien llamó discretamente a la puerta. Fui hacia ella.

—Un espaciograma para la señorita Blanc —dijo el repartidor.

Le, solté un «garant», pues es conveniente que cuando un robot sale de aventuras vaya provisto de dinero, y luego, cerrando la puerta, rasgué la envoltura del mensaje.

—Kabé, que ese espaciograma es para mí —protestó la joven.

—Ya lo sé, señorita Blanc. Pero, ¿sabe?, es que hice que se lo remitieran a su nombre, como contestación a una consulta que yo hice hace varios días. Un robot no puede ser receptor de cartas ni mensaje, cuando menos por medio de los servicios oficiales, ¿comprende?

Kessa asintió, y luego, con femenina curiosidad, preguntó:

—Y bien, ¿qué es lo que pone ese dichoso espaciograma?

—Léalo usted misma; será mejor

Diez segundos más tarde, Kessa buscaba un sillón donde sentarse pues pese a la escasa gravedad lunar, sus piernas no tenían fuerza siquiera para sostener los nueve kilos terrestres que pesaba en el satélite

CAPÍTULO X

Permaneció Kessa un par de minutos inmóvil, con la vista fija en el espaciograma, como si no quisiera creer en lo que allí había escrito.

Después alzó sus grandes ojos hasta los míos.

—Entonces… ¡es él! —exclamó casi con un grito.

—No es seguro, señorita Blanc. Los informes que yo solicité no hablan para nada de ese asunto, sino que se relacionan con Mary.

—Al pedirlos me has causado mucho daño, Kabé —se quejó la joven, con las pupilas turbias por las lágrimas.

—Es un mal que espero redundará en beneficio suyo —dije.

—¿Y cómo lo sospechaste. Kabé?

—De vez en cuando, hago repaso mental; bueno, usted ya sabe que soy un robot… Quiero decir que pongo en funcionamiento mis circuitos mnemotécnicos, y hago pasar delante de mí con toda fidelidad lo ocurrido, para ver de hallar algún indicio que pueda servirme en mi labor. Entonces fue cuando, hace tres días, después del jaleo en la base, al regresar aquí a la ciudad recordé de pronto la actitud un tanto extraña del ingeniero hacia su hermana.

—¿Actitud? ¿Cómo explicas eso. Kabé?

—Cuando fuimos a inspeccionar el sector polar, Sesma-Lexell se portó de un modo frío, y no lo digo por el lugar, con Mary. Siendo hermanos, no tenía por qué obrar así, de aquella manera tan despegada e indiferente, y lo mismo ella, en cuyos ojos sorprendí una mirada un tanto rara que si entonces me extrañó, luego se me olvidó con los incidentes ocurridos. Sólo ha sido hace tres días que lo recordé y entonces envié ese espaciograma, firmado por usted, a una poderosa agencia de detectives, que me han confirmado que Fred y María no son hermanos.

Kessa palideció.

—¿Entonces… están casados?

Denegué con la cabeza

—No… Pero lo hubieran estado si él no la hubiera conocido a usted. Estoy seguro de que cuando entró a trabajar en la EMMCI no la conocía y se pensó que acaso se tratase de una vieja solterona, de piel seca y lengua afilada. Pero así que la vio por primera vez, empezó a pensar que un matrimonio con usted asentaría sólidamente su posición… y colgó a Mary.

—Pero yo no tengo la culpa de ello —se quejó la joven.

—Naturalmente —repuse—. Cosas como éstas han ocurrido y ocurrirán toda la vida. Y, si el cariño del ingeniero es sincero, ¿qué culpa tiene usted?

—Eso me desagrada enormemente —murmuró la joven—. No me gusta ser feliz a costa, precisamente, de la felicidad de otra mujer.

—Usted no tiene la culpa de ello.

—Directamente, no, desde luego. Pero no voy a consentir que las cosas sigan más adelante, Kabé.

—El que usted rompa con el ingeniero no hará que éste vuelva al lado de Mary, señorita Blanc.

Kessa me miró angustiada.

—Entonces, ¿qué puedo hacer yo? —inquirió.

—Cásese con Penrod. Éste la quiere, ¿no?

—Pero yo no le amo a él, Kabé.

—Bueno, pues ya...

Me interrumpí. Voces excitadas, en las cuales podían reconocerse las del ingeniero y Mary discutiendo acaloradamente, llegaban hasta nosotros procedentes de la vecina estancia. Kessa se sonrojó, pero yo, sin dárseme un ardite de todo ello, fui de puntillas hacia la puerta que abrí apenas un centímetro con el fin de poder escuchar el diálogo con más claridad.

—Debes terminar ya con esta farsa. Fred —decía la joven—. Consentí en pasar por tu hermana para no estorbarte en tus proyectos, pero puesto que la EMMCI ha decidido poner punto final al tuyo, ya no es necesario que sigamos fingiendo.

—Tú harás lo que yo te digo, Mary, o de lo contrario...

—¿Qué? —dijo ella desafiante.

—Podría costarte muy cara la broma, si yo hablase

—Me parece que tanto a ti como a mí nos conviene cerrar el pico, Fred. No te creo tan tonto como para delatarme, ¿lo oyes? Porque,

puedes suponerlo, yo no iba a estarme callada.

—Está bien. Entonces, ¿a qué diablos has venido aquí?

—A pedirte que lo dejes todo y vuelvas junto a mí... como antes.

—No ahora, Mary.

—¿Por qué?

—Eso no te importa a ti; no es cuenta tuya.

—¿Qué estás diciendo, Fred? ¿Desde cuándo tus cosas no son cuenta mía?

Miré a Kessa. La joven se mantenía firme, aunque pálida como la nieve. Se clavaba las uñas en las palmas de las manos, pero aguantaba en pie.

—Hemos terminado, Mary. Vete de una vez.

Hubo un momento de silencio. Después, una explosión de dolor de la muchacha.

—¿Cómo, Fred? ¿Es eso lo único que se te ocurre decirme después de estos años? Después de todo cuanto yo hice por ti... Oh, Fred, Fred...

—¡Lárgate ya de una vez, maldita! —rugió el ingeniero, exasperado.

A través de la rendija vi a Mary retroceder un par de pasos, con ambas manos en el pecho, como queriendo contener los tumultuosos latidos de su corazón. Un poco más allá, el ingeniero, vuelto de espaldas a ella, miraba a través de la ventana, sin preocuparse poco ni mucho de Mary.

Ésta se irguió repentinamente. En sus negras pupilas brillaba el furor que le causaba el desprecio de qué estaba siendo objeto.

—Muy bien —dijo—. Puesto que lo tomas así, yo sabré obrar del modo que más me conviene.

—¿Sí? —se burló Sesma-Lexell

—Sí. Diré a todo el mundo quién, en realidad, es el autor del Proyecto-T y entonces la vergüenza pública recaerá sobre ti, pues nadie te considerará como un genio, sino como un desvergonzado usurpador de algo que no es suyo.

Aquella inesperada revelación heló mis circuitos. De modo que todo aquello que se veía en el ingeniero no era más que pura barbolla y artificio, sin nada sólido y consistente debajo…

—¡Tú te callarás! —rugió él.

—No. Y lo diré ahora mismo. ¿Dónde está la señorita Blanc?

Estas palabras fueron la chispa que prendió fuego al barril de pólvora. Sesma-Lexell saltó hacia la muchacha y, antes de que ésta pudiera defenderse, le echó las manos al cuello, tratando de estrangularla.

—¡Maldita! —rugió.

Agité la mano, llamando a Kessa; para que viniera a socorrer a la muchacha. Pero ésta, de repente, hizo brillar en su mano la acerada hoja de un cuchillo que clavó en el costado de su falso hermano.

Los ojos de Fred se dilataron enormemente al sentir el frío del acero traspasarle las carnes. Soltando a Mary, se separó de ella, con una mano en el costado herido, del que ya empezaba a brotar la sangre.

Mary, con el cuchillo aún en la mano, retrocedió un par de pasos.

—¡Me has matado, perra! —rugió en bajo tono el ingeniero.

—Solamente traté de defenderme. ¿No querías tú matarme a mí también?

En aquel momento, hicimos irrupción en la estancia. Fred se había dejado caer en un sillón, muy pálido, al borde del definitivo desmayo, en tanto que Mary, asombrada, nos miraba como si viniéramos de repente de otro mundo.

Pero no tardó en ponerse a la defensiva.

—¡Quietos! —gritó—. ¡No den un paso más o…!

Extendí la mano derecha, protegiendo a Kessa con ella. La locura homicida brillaba en les ojos de Mary y aunque a mi un puñal no me haría nada, a Kessa podía, en cambio, causarle daños mortales.

—Ten cuidado, Kabé —jadeó el ingeniero—. A Mary no le importa una muerte más.

—Es posible —repuso ella fríamente—. Pero ya sabes tú por quién lo hice.

—Sí... Preparaste la trampa en el Polo para matar a Kessa...

La aludida lanzó un grito de sorpresa.

—¡Sí! —chilló Mary, con los ojos fuera de sus órbitas—. Ella tiene la culpa de lo que a mí me ha sucedido.

—Y murió... —continuó Frederick Sesma-Lexell— Strasser.

—A ti te vino de perillas. Strasser sabía que tú, como ingeniero, eras una nulidad y que en modo alguno podías haber sido el autor del Proyecto-T. Lo mismo que Cotanda. Te conocían demasiado bien y sabían exactamente lo que tú valías. Por eso se extrañaban de tu puesto tan preeminente en la EMMCI... y cuando murió Strasser, Cotanda empezó a hacer averiguaciones por su cuenta. ¿Por qué se había dado un puesto de tanta responsabilidad a un ingeniero que no es capaz de construir una choza, de adobes? ¿Eh? ¿Qué me contestas a eso?

Kessa y yo asistíamos, mudos e interesados espectadores, al diálogo que tenía lugar entre dos de .sus principales actores. La enmarañada madeja de todo aquel endiablado jaleo empezaba a desenrollarse al fin.

Fred sonrió tristemente, con unos labios de los cuales había huido todo el color. Reaccionando, me fui hacia él.

—Déjeme ver la herida, señor Sesma-Lexell. Es preciso curarle.

Movió la cabeza negativamente.

—No... es todo inútil... Ésa... ha sabido dar bien el golpe... Gracias, Kabé.

—A pesar de todo...

Me interrumpí porque el ingeniero había doblado bruscamente la cabeza a un lado, en tanto que sus músculos se relajaban.

—Habrá que llamar a un médico, señorita Blanc... y a la Policía.

Aquello pareció reavivar el fuego que se había dormido unos instantes.

Mary corrió hacia la puerta, en el momento en que ésta se abría y un hombre entraba por ella.

La muchacha retrocedió, ahogando un grito de espanto.

Lanvers captó con una simple mirada todo lo ocurrido. Permaneció unos momentos inmóvil y luego, levantando la mano, golpeó el rostro de Mary.

—¡Imbécil! ¡Estúpida! —dijo rencorosamente—. ¿A quién se le ocurre estropearlo todo por tus malditos celos?

—Yo... no sé lo que me ha ocurrido...

Lanvers volvió a abofetear nuevamente a Mary.

—¿Callarás, maldita? Nunca debí confiar en ti... ni en ese idiota de ahí enfrente. ¡Pareja de estúpidos! Ahora todo se ha ido al diablo y por culpa precisamente de aquellos en quienes más confianza había puesto.

—También la puso en Samuelson, ¿verdad? —intervino Kessa irónicamente.

Lanvers dirigió a la joven una mirada cargada de veneno.

—Le estuvo bien empleado —contestó en tono glacial—. Pero ahora ya no es tiempo de discutir sino de obrar.

—¿Qué es lo que piensa hacer con nosotros?

—Suprimir dos estorbos —dijo fríamente el consejero, cuya actitud hostil desde un principio me explicaba ahora—: usted y Kabé.

Se me congelaron los circuitos. He estado tanto tiempo con los humanos que casi he llegado a adquirir sus mismos sentimientos. En cambio, Kessa ahora estaba muy serena, como si todo aquello no fuera con ella.

—No hará más que agravar su situación, Lanvers —dijo reposadamente—. Después de todo cuanto hizo por el fracaso del Proyecto-T, no ha conseguido otra cosa que descubrirse a sí mismo y a sus cómplices.

—Eso es cuenta mía y de nadie más —repuso abruptamente el consejero. ¡Vamos!

—¿Dónde piensa llevarnos? —preguntó la joven.

—Ya lo verán. Pero, si quiere, puedo anticiparle que van a un sitio

donde ya no podrán hablar con nadie... ¡nunca!

Una fría sonrisa apareció en los rojos labios de Kessa.

—Muy bien, pues; venga a por nosotros. ¡Kabé, no te muevas!

—Como usted mande —contesté con mansedumbre.

—¿Qué es lo que pretende? —gruñó el consejero.

—Nada, nada —continuó sonriendo la joven—. Simplemente, permanecer aquí. Si se va a librar de nosotros, deberá hacerlo aquí, en esta habitación y no arrojándonos al vacío como piensa hacer, sin espaciotraje protector. Son ésas sus intenciones, ¿verdad?

Lanvers soltó un bramido de ira al ver descubiertas sus intenciones. Kessa tenía razón, ya que no podían arriesgarse a cometer otro crimen en aquel lugar, pues demasiada complicación tenía ya con la muerte de Sesma-Lexell. La habitación de un hotel no es nunca un buen sitio para librarse de una persona que estorba.

—¡Vamos! —gruñó—. No me hagan tomar decisiones extremas...

—Bueno, venga por nosotros, Lanvers. No podemos impedírselo, ¿verdad, Kabé?

—Oh, sí, claro —dije volublemente.

La mano de Lanvers se movió rápidamente, arrebatando el puñal que la estupefacta Mary tenía todavía en sus manos. Salto hacía la joven, tomándola por un brazo.

Apoyó el cuchillo, todavía ensangrentado, en el costado de Kessa.

—Camine delante de mí o...

—¿O qué? —sonrió ella desdeñosa—. Tiene usted una manera muy singular de mandar las cosas, señor Lanvers. Quiere, mediante amenazas, llevarme lejos de aquí para matarme en algún lugar sin compromiso para usted. Pues bien, si ha de matarme, hágalo aquí; yo no pienso moverme por más que lo intente. Si he de morir, ¿qué más da aquí que en cualquier otro sitio?

Los razonamientos de Kessa no tenían vuelta de hoja y Lanvers pareció comprenderlo así, pues, se le convulsiono el rostro de furor, un momento permaneció inmóvil, dudando, y luego, de repente, alzó su mano y golpeó con el puño cerrado el delicado mentón de la

muchacha.

Kessa puso los ojos en blanco y dobló las rodillas. No llego a caer al suelo porque Lanvers la tomó por el talle a tiempo. Después, con una sola mano se la cargó encima del hombro y me miró.

—¡Andando, Kabé!

Yo había visto toda la escena impotente, incapaz de intervenir en una disputa entre humanos.

Y ahora acababa de recibir una orden que no tenía otro remedio que acatar.

Eché, pues, a andar, delante de aquella siniestra pareja, pero en el momento en que llegaba a la puerta, oí un minúsculo ruidito a mis espaldas.

No moví un solo tornillo de mi maquinaria. Aquel ruido era tan pequeño, que solamente unos tímpanos, aunque artificiales, como los míos, eran capaces de percibirlos. Pero bastó para indicarme que lo que habíamos supuesto muerte del ingeniero no había sido, más que una pasajera perdida del conocimiento.

Nadie me obligaba a advertir de un posible mal a un humano que tenía intenciones de causar otro mal peor a un congénere y este absolutamente irremediable. Lo único que hice fue detenerme, como si vacilara.

—¿Que diablos te ocurre, condenada máquina? —rugió el consejero.

En aquel momento, Mary descubrió el pastel. Lanzó un agudo grito.

Lanvers se volvió. Sesma-Lexell, vacilante, se le acercaba, con los ojos fuera de las orbitas, animado por un deseo homicida.

El consejero vio lo que se le venía encima y quiso defenderse. Sin ningún escrúpulo, echo a un lado a Kessa, todavía inconsciente, y luego aprestó a la a defensa.

Haciendo caso omiso del cuchillo, Sesma-Lexell reunió sus últimas fuerzas y se arrojó sobre Lanvers.

—¡Maldito! —bramo—. Tú tienes la culpa de todo lo que me ha ocurrido...

Lanvers descargó una cuchillada que estremeció el cuerpo del

ingeniero de arriba abajo en forma horrible. Pero las manos de éste habían rodeado ya la garganta de su enemigo y apretaban inexorablemente.

Los pulgares del ingeniero doblaron hacia atrás la cabeza de Lanvers. De la garganta de éste se escapó un ronco grito, cortado bruscamente por un horrendo chasquido que indicó la fractura de las vértebras cervicales del consejero. El cuerpo de Lanvers se enderezó un segundo, y luego, falto de apoyo, se derrumbó muy lentamente al suelo, cruzando bajo el de su matador, quien también había dejado de existir.

Mary contempló la alucinante escena en silencio, con las pupilas dilatadas por el espanto. Cuando todo hubo concluido, reaccionó, y se abalanzó hacia la puerta.

Pero yo fui más rápido. Me coloqué ante ella, impidiéndole la salida.

—¡Aparta, Kabé! —gritó, con ojos llameantes de odio.

Importándome un pito que subiera la temperatura en el interior de mi maquinaria, denegué con la cabeza.

—No —dije muy lentamente—. No pienso dejar a quien tiene la culpa de todo lo ocurrido; a quien, sin haber tocado un arma, tiene la culpa de todas las muertes habidas en este feo asunto de la EMMCI. Va a permanecer aquí, encerrada, hasta que yo avise a la Policía.

—Kabé, tú eres un robot y no puedes juzgar las acciones de los humanos. ¡Fuera de ahí!

—Es inútil, señorita —dije—. Usted provocó todas las muertes, incluso la de Cotanda, en la cual falló lamentablemente al enviarle las botellas envenenadas en una fecha que no era la de su cumpleaños.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Mary, con los ojos dilatados por el asombro.

—Muy sencillo. Cotanda y Penrod habían sido condiscípulos y éste sabía exactamente el día en que había nacido el primero. Por otra parte, en la tarjeta de felicitación quedaron muestras de su letra que yo he comparado con otras suyas, cosa nada más fácil, dado el cargo burocrático que usted había ocupado en la EMMCI. Fueron los celos, cuando vio que Fred se inclinaba hacia Kessa, los que la impulsaron a hacer fracasar la obra de éste, Fred lo sospechó en seguida y trató de volverla por el buen camino, pero todo fue inútil. Usted le ponía unas condiciones que él estimaba inaceptables, ya que había dejado de

amarla, y entonces fue cuando entró Lanvers en escena, ávido, en unión de Samuelson, su compinche, de hacerse el amo de la EMMCI. Ha sido usted —resumí— el diablo maligno que ha inspirado todos estos crímenes, pero ya no volverá a hacerlo más.

Una sonrisa de desprecio apareció en el rostro de Mary.

—¿Acaso tú, un robot, vas a hacer justicia en un humano?

—No. Dejaré que sean los de su clase quienes la hagan. Pero usted permanecerá aquí hasta que venga la Policía a quien yo voy a avisar.

—No lo harás, Kabé. Te ordeno me dejes salir.

—Es inútil, señorita. No la obedeceré.

—¡Aparta. Kabé!

La temperatura de mi interior subía hasta límites inconcebibles. Noté que las protecciones de plástico de algunos cables empezaban a quemarse. Pero, aunque me destruyera a mí mismo, no quería dejar escapar a aquella mujer tan criminal.

De pronto, Mary se echó encima de mí, lívida, convulsa, jadeante, despeinada, intentando forzar el paso a viva fuerza. Era poca cosa, sin embargo en mis brazos, entre los cuales la sujeté con férreo cerco.

Sus labios escupían espumarajos de rabia, en tanto me lanzaba órdenes que mi cerebro positrónico recogía, pero no obedecía. El voltaje y la temperatura de mi cuerpo aumentaban enormemente por segundos.

Ruido de vidrios rotos sonó en mi interior. Por las junturas de mis articulaciones empezó a escaparse el humo de los incendios provocados por los cortocircuitos. Sentí «dolores» agudísimos en mi maquinaria, pero terco, aun sabiendo que mi vida robótica se iba a extinguir, persistí en mi acción.

Bruscamente, se abrió la puerta y un hombre penetró en la estancia.

Penrod se dio cuenta instantánea de lo que ocurría. Arrugó la nariz al oler a goma quemada. Los gritos de Mary alcanzaban límites extremos, ensordecedores.

En aquel momento, el interior de mi maquinaria empezó a chispear por todas partes. Los ruidos y los crujidos aumentaron y, de pronto,

con un estallido fenomenal, envuelto en humo, todo desapareció ante mis circuitos visuales. Aquel era mi castigo por haber desobedecido una orden humana... pero al mismo tiempo había hecho justicia. Ya no pude ver, por tanto, lo que siguió después, que es fácil de imaginar: la detención de Mary por la Policía, el salvamento de Kessa y... bueno, el beso final.

* * *

Unos meses más tarde, todo estaba dispuesto para la iniciación práctica del Proyecto-T. Reconstruidos los edificios y la maquinaria, tanto en un extremo como en el otro, el famoso proyecto de Sesma-Lexell iba a tener forma real. Y yo, reconstruido de nuevo, merced al agradecimiento de Kessa y Kelvin, iba a presenciarlo, con un cuerpo casi enteramente nuevo, pues pocas de las piezas que componían mi maquinaria habían salido intactas de aquel duro choque.

Un enorme gentío, compuesto por varios millares de personas, todas ellas provistas de sus escafandras, se apiñaba a prudente distancia de la torre desde donde iba a salir el primer chorro de metal pulverizado que iba a ser enviado a la Tierra. Aquello era la estación inicial de un colosal espacioducto que transportaría toda clase de minerales a la Tierra, con una rapidez y una baratura inimaginables.

Después de los inevitables discursos, que todo el mundo escuchó a través de sus receptores individuales, dos personas avanzaron hacia el lugar desde donde se manejaba el espacioducto. Y yo, ufano y orgulloso, las seguía a corta distancia.

Una gran cinta transportadora llevaba el mineral hacia una especie de tolva de gran tamaño, muy cerca de la torre. Allí el mineral se convertía en polvo atomizado, extrayéndose de éste el metal en estado puro y separando la ganga inútil, que, no obstante, tendría otras aplicaciones que no son para detallarlas aquí. El mineral empezó a caer en la tolva.

Los nuevos señores de Penrod, casados aquella misma mañana, avanzaron hacia el cuadro de mando, en el cual brillaban y parpadeaban las lucecitas de control. Una lámpara roja se encendió de pronto.

Pasó a verde y entonces Kelvin tomó la mano de su esposa.

—En lugar de partir nuestro pastel de bodas… —dijo él, colocando la mano de Kessa sobre la palanca precisa.

Ella le miró, sonriente.

La luz verde vibró perceptiblemente. Todos los ojos miraron hacia la parte superior de la torre, en la cual acababa de aparecer una brillante prolongación de color de fuego.

Aquel chorro ígneo vaciló, un instante, subiendo y bajando, y, de pronto, se disparó hacia arriba, apuñalando la negrura del cielo lunar. Se convirtió muy pronto en un delgadísimo hilo de oro que acabó por esfumarse totalmente, y entonces todos los ojos se volvieron hacia una colosal pantalla televisora enlazada con el otro extremo terrestre.

En el vidrio deslustrado se veía la otra torre, casi en su tamaño natural. Fueron unos segundos antes de que al fin viéramos llegar el chorro de metal a su destino. Entonces, de todas las gargantas brotó un grito unánime de alegría.

Kelvin y Kessa, felices, se separaron del tablero de mando, mirándose a los ojos. Se tomaron de las manos, olvidados de los trajes de vacío que llevaban.

Carraspeé al aproximarme a ellos.

—Bueno —dije—, todo está ya listo. ¿A qué esperan para emprender el viaje de bodas?

Kessa me miró sonriente.

—A que nos acompañes tú, Kabé —dijo.

Lancé un robótico suspiro.

—Una vez estallé por desobedecer una orden humana —dije—. Ahora me arriesgo a que me ocurra lo mismo, ¿sabe?

Y me marché, en tanto recibía en mis circuitos auditivos las alegres risas de la feliz pareja. ¡Repernos! Hay cosas que ni siquiera un robot es capaz de soportar.

FIN

[1] Véase “Memorias de una máquina” número 65 de esta misma Colección y del mismo autor.